

***EL ASNO DE ORO Y EL DECAMERÓN. HISTORIAS
COMUNES***

THE GOLDEN ASS AND THE DECAMERON. SHARED STORIES



TRABAJO DE FIN DE GRADO

**CLARA MARTÍN SALMERÓN
GRADO EN FILOLOGÍA HISPÁNICA
TUTOR: PROF. ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER
10/09/2015
CONVOCATORIA DE SEPTIEMBRE**



Universidad
de Huelva

FACULTAD DE HUMANIDADES

ANEXO II

DECLARACIÓN DE HONESTIDAD ACADÉMICA

El/la estudiante abajo firmante declara que el presente Trabajo de Fin de Grado es un trabajo original y que todo el material utilizado está citado siguiendo un estilo de citas y referencias reconocido y recogido en el apartado de bibliografía. Declara, igualmente, que ninguna parte de este trabajo ha sido presentado como parte de la evaluación de alguna asignatura del plan de estudios que cursa actualmente o haya cursado en el pasado.

El/la estudiante es consciente de la normativa de evaluación de la Universidad de Huelva en lo concerniente al plagio y de las consecuencias académicas que presentar un trabajo plagiado puede acarrear.

Nombre _____

DNI _____

Fecha _____

Firma _____

ÍNDICE

- Resumen..... 1.
- Introducción. 1.
- Relato del artesano y la tinaja de *Las Metamorfosis o El asno de oro* y la novela segunda de la séptima jornada del *Decamerón*..... 2.
 - Personajes en *El asno de oro*..... 3.
 - Personajes en el *Decamerón*..... 3.
 - Las historias..... 4.
 - Conclusión..... 12.
- Relato del molinero del libro IX de *Las Metamorfosis o El asno de oro* y la novela décima de la quinta jornada del *Decamerón*..... 13.
 - Personajes en *El asno de oro*..... 13.
 - Personajes en el *Decamerón*..... 14.
 - Las historias..... 14.
 - Conclusión..... 28.
- Conclusión final. 28.
- Bibliografía. 29.
- Anexo I. Textos de Apuleyo, Libro IX *Las metamorfosis o El asno de oro*
Relato del artesano y la tinaja. Relato del molinero. 30.
- Anexo II. Textos de Boccaccio, el *Decamerón*. Séptima jornada, novela segunda. Quinta jornada, novela décima. 41.

RESUMEN

En este trabajo hemos comparado dos historias que aparecen en *El asno de oro* de Apuleyo con otras dos que aparecen en el *Decamerón* de Boccaccio, pues las dos historias de Boccaccio se han basado en las de Apuleyo. En los cuatro relatos se narran una serie de adulterios cometidos por las mujeres contra sus maridos. Lo significativo del trabajo reside en ver las diferencias entre ambos autores en la narración de las mismas historias.

ABSTRACT

In this document we have compared two stories which appear in *The Golden ass* by Apuleius with other two which appear in *The Decameron* by Boccaccio, because these two Boccaccio's stories are based on the two of Apuleius. In these four tales are told a series of adulteries committed by the women against their husbands. The purpose of this work is to see the differences between both writers when they tell the same stories.

INTRODUCCIÓN

En este documento vamos a comentar algunas historias comunes que aparecen en *El asno de oro* de Apuleyo y en el *Decamerón* de Boccaccio. Trataremos dos relatos que se narran en el libro IX de *Las Metamorfosis* o *El asno de oro* de Apuleyo, la décima novela de la quinta jornada del *Decamerón* y la segunda novela de la séptima jornada de la misma.

Teniendo en cuenta que *El asno de oro* es anterior a la obra de Boccaccio, nos encontramos con que el autor del *Decamerón* se ha basado en Apuleyo para la creación de algunos relatos, pues el parecido es bastante notable. Analizaremos, pues, las diferencias y semejanzas de los relatos comunes de ambos autores.

RELATO DEL ARTESANO Y LA TINAJA DE *LAS METAMORFOSIS O EL ASNO DE ORO* (5-7) Y LA NOVELA SEGUNDA DE LA SÉPTIMA JORNADA DEL *DECAMERÓN* (7.2)

La primera historia del libro IX es la que oye Lucio en una posada, cuando sus amos son los sacerdotes. En ella se narra un adulterio. La mujer aprovecha que el marido sale de casa a trabajar para introducir a su amante en la casa, con la mala fortuna de que el marido vuelve antes de tiempo y ella tiene que buscar la manera de que el marido no encuentre al amante. Este esquema se repite en todos los relatos que vamos a tratar, pero en cada uno de ellos se desarrolla de una manera distinta. Para facilitar la comprensión de este documento, dichas historias se encuentran en los Anexos.

En la primera historia se nos presenta una serie de personajes: el marido trabajador, bueno, honrado; la mujer lasciva, lujuriosa, acostumbrada a tales actos y por último aparece el amante que se aprovecha de la situación que se le presenta.

El marido debe trabajar todos los días, pues no gana lo suficiente, y la mujer aprovecha el momento para meter a su amante en casa. Cuando están en pleno acto amoroso, el marido llama a la puerta, que está cerrada. En ese instante, la mujer, rápidamente, improvisa y esconde a su amante en una tinaja que está vacía y va a abrir la puerta a su marido, a quien le increpa el haber llegado tan pronto a casa sin haber ganado dinero para comer ese día. El marido se defiende de los ataques de su mujer informándole de que ha vendido la tinaja, donde estaba escondido el amante, y su mujer astutamente le dice que ella ya la había vendido y por más dinero que él y que el comprador estaba revisando su compra. Entonces el amante sale y empieza a quejarse de la tinaja, el marido se mete dentro para repararla. Mientras tanto, el amante y la mujer terminan de realizar el acto amoroso que había quedado interrumpido.

Prácticamente esta es la misma historia que se narra en la segunda novela de la séptima jornada, solo con algunas variaciones.

Personajes en *El asno de oro*

En la historia aparecen tres personajes: el marido, la mujer y el amante.

El marido: es un hombre trabajador, bueno y honesto, que confía ciegamente en la virtud de su mujer. Se nos presenta como un hombre que no se merece lo que le está ocurriendo, pues la culpable de todo es la mujer.

La mujer: se nos presenta como una persona lasciva, lujuriosa, a la que no le importa la honorabilidad de su marido. Parece que la culpable de todo es ella.

El amante: es uno más, uno cualquiera que la mujer usa a su antojo para satisfacer sus deseos y que usa a la mujer para satisfacer los suyos. Mientras ambos puedan llevar acabo el acto amoroso, lo demás no importa. Por ello, tiene el descaro de realizar el acto mientras el marido limpia la tinaja.

Personajes en el *Decamerón*

En esta novela se presentan cuatro personajes:

El marido: es un hombre honesto y trabajador, al igual que en Apuleyo.

La mujer: Peronela, en cambio, se nos presenta como una persona honrada que es engañada por un hombre que se enamora de ella. No es una mujer experta en tales relaciones con hombres que no son su marido.

El amante: Janelo Estriñario convence a la mujer para yacer con ella. Aquí no nos encontramos frente a una mujer lujuriosa que quiere acostarse con cualquiera, sino con una mujer honrada que es convencida por un hombre, por el que al final siente algo.

Es notable el hecho de que en esta novela conocemos los nombres tanto de la mujer como del amante. No son personas desconocidas, anónimas. Esto individualiza la historia, al ser un hecho concreto, algo particular, puntual. El no conocer los nombres de los personajes aporta generalidad a lo que cuenta. En el cuento de Apuleyo el marido podría ser cualquiera, la mujer podría también ser cualquiera, al igual que el amante, pero no en la historia de Boccaccio.

Aparece un cuarto personaje que no existe en la obra de Apuleyo: el otro comprador. Su aparición es mínima, tan solo para despedirse, porque otro va a pagar

más por la tinaja. Quizás esto se deba al hecho de que Boccaccio quisiera ampliar un poco más el relato.

Las historias

En el *Decamerón* las novelas narradas llevan un pequeño título donde se nos informa del tema de la misma. En ésta el título dice: “De cómo Peronela escondió a su enamorado en la tinaja; y de lo que después acaeció”. Hay que comentar el hecho de que aparezca la palabra “enamorado” y no amante. Esto ya es una gran diferencia con respecto a la obra de Apuleyo y que ya hemos comentado antes. La mujer, Peronela, no está con un hombre cualquiera, ella yace con un hombre al que ama, no es pura lascivia, como en *El asno de oro*.

Obviando el pequeño título, que las narraciones de Apuleyo no tienen, la introducción de cada una de las historias es distinta.

et hospitio proximi stabuli recepti cognoscimus lepidam de adulterio cuiusdam pauperis fabulam, quam uos etiam cognoscatis uolo.

Is gracili pauperie laborans fabriles operas praebendo paruis illis mercedibus uitam tenebat. erat ei tamen uxorcula etiam satis quidem tenuis et ipsa, uerum tamen postrema lasciua famigerabilis.

Después de alojarnos en una posada cercana, nos enteramos de una historia muy graciosa sobre un caso de adulterio de un hombre humilde, que quiero que conozcáis también vosotros.

Este, que pasaba dificultades por su extrema miseria, se ganaba la vida alquilando sus servicios como artesano a cambio de la escasa remuneración que así se obtiene. Tenía, a pesar de todo, una mujercilla, también muy pobre ella, desde luego, pero famosa, en cambio, por su tremenda lascivia. (Apuleyo, 9.4.4)¹

Egli non è ancora guari che in Napoli un povero uomo prese per moglie una bella e vaga giovinetta chiamata Peronella, ed esso con l'arte sua, che era muratore, ed ella filando, guadagnando assai sottilmente, la lor vita reggevano come potevano il meglio.

¹ Sigo el texto y traducción de la edición de Juan Martos de *Las Metamorfosis o El asno de oro* de Apuleyo (2003).

No mucho tiempo ha pasado que en Nápoles un pobre hombre tomó por mujer a una bella y avisada mocita llamada Peronela, y él con su oficio, que era el de albañil, y ella hilando un poco ganando, ambos regían su vida cuanto mejor podían. (Boccaccio, 7.2)²

Ya al comienzo de ambos relatos se observa la diferencia en la presentación de la mujer. La mujer del artesano: famosa por su lascivia; Peronela: bella y avisada mocita. Por otro lado, en la introducción del relato de Apuleyo se nos adelanta lo que ocurrirá, pero no en la de Boccaccio.

A continuación, en el relato de Boccaccio aparece un pasaje nuevo que no aparece en Apuleyo:

Avvenne che un giovane de'leggiadri, veggendo un giorno questa Peronella e piacendogli molto, s'innamorò di lei, e tanto in un modo e in uno altro la sollicitò, che con esso lei si dimesticò. E a potere essere insieme presero tra sé questo ordine: che, con ciò fosse cosa che il marito di lei si levasse ogni mattina per tempo per andare a lavorare o a trovar lavoro, che il giovane fosse in parte che uscir lo vedesse fuori; ed essendo la contrada, che Avorio si chiama, molto solitaria, dove stava, uscito lui, egli in casa di lei se n'entrasse; e così molte volte fecero.

Y aconteció que un apuesto mozo, viendo un día a esa Peronela y placiéndole mucho, de ella se enamoró, y tanto con ella hizo que entre ellos hubo gran privanza; y para poder estar juntos tal manera tuvieron; que, como fuese que su marido de ella temprano se levantaba para andar cada mañana a trabajar o a encontrar quien le diese trabajo, el mozo estuviese en parte tal que viese cuando el marido salía, y siendo aquel barrio donde la casa estaba muy solitario, él salido, el mozo entrase. Y así lo hicieron muchas veces. (Boccaccio, 7.2)

Gracias a este pasaje conocemos el porqué de la infidelidad de Peronela, quien actúa no movida por lascivia, sino por amor. Y lo mismo ocurre en el amante.

El siguiente fragmento es bastante parecido en ambos relatos. Narran lo mismo, aunque varía un poco la forma:

² Sigo el texto y traducción de la editorial Planeta por Marcial Olivar del *Decamerón* de Boccaccio (1982).

sed die quadam, dum matutino ille ad opus susceptum proficiscitur, statim latenter inrepat eius hospitium temerarius adulter. ac dum Veneris conluctationibus securius operantur, maritus ignarus rerum ac nihil etiam tum tale suspicans inprovisus hospitium repetit. iamque clausis et obseratis foribus uxoris laudata continentia ianuam pulsat sibilo etiam praesentiam sua denuntiante.

Cierto día, mientras se marcha él por la mañana a una obra que le habían encargado, se introduce inmediatamente a escondidas en su vivienda un arrojado galán. Y cuando se encuentran más confiados en plena faena del combate amoroso, vuelve de improviso a la vivienda el marido, ajeno a todo y sin sospechar ni siquiera entonces nada parecido. Tras alabar la virtud de su esposa al encontrar las puertas cerradas y atrancadas, empieza a llamar mientras anuncia además con un silbido su presencia. (Apuleyo, 9.5.2)

Ma pur tra l'altre avvenne una mattina che, essendo il buono uomo fuori uscito, e Giannello Scignario, ché così aveva nome il giovane, entratogli in casa e standosi con Peronella, dopo alquanto, dove in tutto il dì tornar non soleva, a casa se ne tornò, e trovato l'uscio serrato dentro, picchiò, e dopo il picchiare cominciò seco a dire: - O Iddio, lodato sia tu sempre; ché, benché tu m'abbi fatto povero, almeno m'hai tu consolato di buona e onesta giovane di moglie. Vedi come ella tosto serrò l'uscio dentro, come io ci uscii, acciò che alcuna persona entrar non ci potesse che noia le desse.

Mas una mañana aconteció que, habiendo ya salido el buen hombre y entrado Janelo Estriñario, que así el mozo se llamaba, y estando él con Peronela, al cabo de un rato, el marido, que en todo el día no solía a su casa tornar, a ella tornó, y hallando la puerta cerrada por dentro, llamó, y después de haber llamado comenzó a decir consigo: “¡Oh Dios, loado siempre tú seas! Que puesto que tú me hayas hecho pobre, a lo menos de esto me has consolado, de tener yo una buena y honesta moza por mujer. ¡Cata cómo ella la puerta por dentro cerró cuando yo hube salido, para que nadie en casa pudiese entrar a darle enojo!” (Boccaccio, 7.2)

En ambos fragmentos los amantes son sorprendidos en plena faena amorosa. Sin embargo, cuando el marido encuentra la puerta cerrada, no

piensa que su mujer pueda estar haciendo algo malo; al contrario, alaba su virtud y prudencia, pues piensa que cierra la puerta para que no entre ningún hombre que no sea él. En el fragmento de Boccaccio se verbalizan los pensamientos del artesano.

Ahora bien, entre ambas historias se observa una diferencia importante. Una vez que el marido llama a la puerta, la mujer que lo oye reacciona de dos maneras distintas dependiendo del relato.

*tunc mulier callida et ad huius modi flagitia perastutula tenacissimis
amplexibus expeditum hominem dolio, quod erat in angulo semiobrutum
sed alias uacuum, dissimulanter abscondit*

Entonces la mujer hábil y taimada en este tipo de vergonzosas acciones, librando al hombre de su fortísimo abrazo, lo esconde secretamente en una tinaja que estaba medio cubierta en un rincón, pero por lo demás vacía. (Apuleyo, 9.5.4)

Es notable el uso de los adjetivos “hábil” y “taimada”. Ello demuestra que la mujer estaba acostumbrada a realizar este tipo de acciones indecorosas y sabía cómo reaccionar. Sin embargo, en el *Decamerón* es todo lo contrario.

*Peronella, sentito il marito, ché al modo del picchiare il conobbe, disse: -
Ohimè, Giannel mio, io son morta, ché ecco il marito mio, che tristo il
faccia Iddio, che ci tornò, e non so che questo si voglia dire, ché egli non
ci tornò mai più a questa otta; forse che ti vide egli quando tu c'entrasti.
Ma, per l'amore di Dio, come che il fatto sia, entra in cotesto doglio che tu
vedi costì, e io gli andrò ad aprire, e veggiamo quello che questo vuol dire
di tornare stamane così tosto a casa.*

Peronela, oyendo al marido (que en el modo de llamar lo conoció) dijo:

“¡Ay, Janelo mío, muerta soy! Que he aquí a mi marido (¡Dios le dé mal año!) que tornado es, y no sé esto qué querrá decir, porque él no parece nunca a esta hora. ¿No será que te haya visto entrar? Mas, ¡por el amor de Dios!, sea ello lo que fuere, métete en esta gran tinaja que ahí ves, y yo iréle a abrir, y veremos qué quiere decir que sea tan pronto tornado a casa, esta mañana.” (Decamerón, 7.2)

Peronela reacciona como una mujer normal, se pone nerviosa, ya que no sabe el motivo de que su marido vuelva a casa tan pronto y piensa que es porque sabe que ella le está siendo infiel.

Las siguientes escenas son muy parecidas. En ambas la mujer increpa al marido por haber vuelto tan pronto y con las manos vacías, sin dinero alguno. Y se comparan con sus vecinas. En el relato de Boccaccio hay un fragmento nuevo en el que la mujer vuelve a quejarse al marido.

- Ohimè, lassa me, dolente me, in che mal'ora nacqui, in che mal punto ci venni! ché avrei potuto avere un giovane così da bene e nol volli, per venire a costui che non pensa cui egli s'ha recata a casa. L'altre si danno buon tempo con gli amanti loro, e non ce n'ha niuna che non n'abbia chi due e chi tre, e godono e mostrano a'mariti la luna per lo sole; e io, misera me!, perché son buona e non attendo a così fatte novelle, ho male e mala ventura; io non so perché io non mi pigli di questi amanti come fanno l'altre. Intendi sanamente, marito mio, che se io volessi far male, io troverei ben con cui, ché egli ci son de'ben leggiadri che m'amano e voglionmi bene e hannomi mandato proferendo di molti denari, o voglionmi bene e hannomi mandato proferendo di molti denari, o voglio io robe o gioie, né mai mel sofferse il cuore, per ciò che io non fui figliuola di donna da ciò; e tu mi torni a casa quando tu dei essere a lavorare.

“¡Ay, desgraciada y triste de mí, y en mala hora nacida! Que pudiendo yo casar con mozo acaudalado no lo hice por casar con éste, que no piensa en la mujer que trajo a su casa. Las otras se dan buena vida con sus amantes, no las hay, ni una, que no tenga dos o tres de ellos, y se gozan en dar a entender a sus maridos que la luna es el sol, y yo (¡infeliz!), porque buena soy y en tales cosas ni pienso, he mal y mala ventura; que yo no sé por qué tan boba seré que no tome de tales amantes, como las otras hacen. Entiende bien lo que te digo, marido mío, que si yo quisiese obrar mal, no dejaría de encontrar con quién, que los hay bien apuestos que me solicitan y me quieren bien y hanme hecho saber que dispuestos están a darme muchos dineros o, si quiero, ropas o joyas, y jamás tuve corazón, porque no soy hija de tal mujer para hacer esto, y tú te me tornas a casa cuando no debieras estar sino trabajando.” (Boccaccio, 7.2)

En él la mujer se alaba así misma y se enaltece, además de que se exculpa e intenta encubrir el adulterio que está cometiendo afirmando que ella podría hacerlo pero que jamás lo haría.

Tras esta reprimenda de la mujer, el marido se defiende. En el relato de Apuleyo, él no trabaja ese día porque su patrón le da vacaciones y entonces encuentra un comprador para la tinaja. En el de Boccaccio, el marido no trabaja porque era el día de San Gereón y ese día no se trabajaba, y por ello él decide vender la tinaja. En ambos casos el marido intenta tranquilizar a la mujer y le informa de la venta de la tinaja.

La mujer rápidamente urde una mentira y riéndose del marido le dice que ella ya había vendido la tinaja mucho antes y por mucho más dinero. En ambos fragmentos es prácticamente igual.

Ahora en el *Decamerón* aparece un pasaje nuevo y el cuarto personaje: el comprador.

Quando il marito udì questo, fu più che contento, e disse a colui che venuto era per esso:

- Buon uomo, vatti con Dio; ché tu odi che mia moglie l'ha venduto sette, dove tu non me ne davi altro che cinque. Il buono uomo disse:

- In buona ora sia - ; e andossene.

Oyendo esto el marido, estuvo más que contento, y dijo a aquel que con él por esto viniera:

“Buen hombre, ve con Dios; que ya oyes, tú, que mi mujer la ha vendido por siete florines, cuando tú no me dabas sino cinco.”

El hombre dijo:

“En buena hora”, y se fue. (Boccaccio, 7.2)

El comprador aparece tan solo en esta escena. Probablemente Boccaccio añadiera este personaje para darle mayor amplitud al relato, y para diferenciarlo un poco del de Apuleyo, pero su presencia en la historia no es relevante.

Seguidamente, el marido pregunta a su esposa quién era el comprador de la tinaja, y el amante, en ambos casos, sale del recipiente y se queja del estado en el que se

encuentra la tinaja, haciendo que el dueño de la misma se desnude para dejarla al gusto del amante.

En la siguiente escena, que transcurre mientras el marido limpia la tinaja, encontramos ciertas diferencias.

et cum dicto nudatus ipse delato lumine scabiem uetustam cariosae testae occipit exculpere. at uero adulter bellissimus ille pusio inclinatam dolio pronam uxorem fabri superincuruatus secure dedolabat. ast illa capite in dolium demisso maritum suum astu meretricio tractabat ludicre; hoc et illud et aliud et rursus aliud purgandum demonstrat digito suo, donec utroque opere perfecto

Y diciendo esto, se desnuda y, bajando la lámpara a la tinaja, empieza a rascar la costra y antigua del tiesto deteriorado. En cambio, el amante, aquel lindo muchachito, mientras que la esposa del artesano estaba encorvada asomada a la tinaja, se inclina sobre ella y se pone a cepillársela con toda confianza. Entretanto ella, con la cabeza metida en la tinaja, se burlaba de su marido con picardía de ramera: le va mostrando con el dedo un sitio y otro y de nuevo otro para que lo limpie, hasta, al acabar ambos trabajos. (Apuleyo, 9.7.4)

e posti giù i ferri suoi, e ispogliatosi in camicione, si fece accendere un lume e dare una radimadia, e fuvvi entrato dentro e cominciò a radere. E Peronella, quasi veder volesse ciò che facesse, messo il capo per la bocca del doglio, che molto grande non era, e oltre a questo l'un de'bracci con tutta la spalla, cominciò a dire: - Radi quivi, e quivi, e anche colà - ; e: - Vedine qui rimaso un micolino. E mentre che così stava e al marito insegnava e ricordava, Giannello, il quale appieno non aveva quella mattina il suo disidero ancor fornito quando il marito venne, veggendo che come volea non potea, s'argomentò di fornirlo come potesse; e a lei accostatosi, che tutta chiusa teneva la bocca del doglio, e in quella guisa che negli ampi campi gli sfrenati cavalli e d'amor caldi le cavalle di Partia assaliscono, ad effetto recò il giovinil desiderio, il quale quasi in un medesimo punto ebbe perfezione e fu raso il doglio, ed egli scostatosi, e la Peronella tratto il capo del doglio, e il marito uscitone fuori.

Y dejando en tierra sus herramientas, desnudóse el camisón, y haciendo encender una lumbre y que le diesen una raedera, cuando se hubo metido dentro, comenzó la tinaja a raspar.

Y Peronela, como si ver quisiese lo que él allí hacía, metiendo la cabeza en la boca de la tinaja, que muy ancha no era, y allende de esto, un brazo y todo el hombro, comenzó a decir: “Raspa por aquí, y por aquí; y todavía por allá.” Y: “Mira, allí ha quedado, todavía, un poquitín por raspar.”

Y mientras ella así estaba, enseñando al marido por dónde raspar debía, Janelo, que aquella mañana no había aún satisfecho plenamente su deseo, cuando el marido vino, viendo que no lo podía satisfacer como hubiera querido, se ingenió de haberlo satisfecho como pudiese y acercándose a la mujer, la cual ocupaba toda la boca de la tinaja, en tal guisa como en las anchas llanuras los caballos sin freno saltan, cálidos de amor, las yeguas de Partia, a efecto llevó sus juveniles deseos, los cuales satisfizo por completo en el momento mismo en que, con toda perfección, quedó la tinaja bien raspada; con que sacando Peronela la cabeza de la boca y él apartándose un tanto, el marido de la tinaja salió. (Boccaccio, 7.2)

En ambos textos el marido se desnuda y se dispone a limpiar la tinaja. En el relato de Apuleyo, la mujer se inclina para ver lo que hace el marido y el amante decide aprovechar la ocasión para terminar lo que el marido había interrumpido. Mientras tanto, la mujer se burla del marido diciendo dónde debe raspar. En el fragmento de Boccaccio parece que la mujer se asoma a la boca de la tinaja con curiosidad para ver qué hace, y ella le va indicando lo que debe hacer, mientras el amante aprovecha la posición de Peronela para satisfacer su deseo; Peronela, no obstante, no se burla del marido. En Boccaccio se compara el acto que realizan los amantes con el acto de los animales, con el ejemplo de los caballos y yeguas. La posición de Venus (*more ferarum*) era la adecuada a la que tenía la mujer delante de la tinaja. A la mujer de Apuleyo se la describe como ramera, puesto que parece que disfruta al realizar el acto sexual delante del marido.

Ambos relatos acaban igual, el marido termina de limpiar la tinaja, el amante da los siete denarios y el artesano se la lleva a su casa.

Conclusiones

La diferencia entre ambos relatos se da básicamente en la concepción de los personajes. Apuleyo concibe a la mujer como una lujuriosa que tan solo busca satisfacer su deseo sexual, aunque ello suponga destruir la honra de su marido. Sin embargo, con Boccaccio, nos encontramos con una mujer, con nombre propio, Peronela, una mujer inexperta que se enamora del que será su amante, Janelo. No se trata simplemente de satisfacer un deseo sexual, es amor. En ambos casos, el marido reacciona de la misma manera, pensando, y de manera ingenua, que su mujer es virtuosa y honesta.

RELATO DEL MOLINERO DEL LIBRO IX DE *LAS METAMORFOSIS O EL ASNO DE ORO* (22-27) Y LA NOVELA DÉCIMA DE LA QUINTA JORNADA DEL *DECAMERÓN* (5.10)

Ambas narraciones relatan la historia de una mujer que es infiel a su marido. Ésta aprovecha que su esposo sale un día a cenar con su amigo para meter a su amante en la casa, pero el marido llega antes de lo previsto, pues en la cena su amigo descubre que su mujer tiene un amante. Ella se ve obligada a esconder al amante bajo una cesta. Cuando el marido llega, ella lo recibe con normalidad, pero, mientras cenan, un asno le pisa la mano al amante y éste se descubre. El final varía en las narraciones.

Personajes en *El asno de oro*

Nos encontramos con cinco personajes.

El molinero: es el dueño de la casa y el marido de la mujer. Es un hombre trabajador que no se espera lo que le ocurre cuando llega a su casa. Una vez que descubre a su amante, éste se acuesta con él y luego lo tortura para que pague por la ofensa recibida.

La esposa: es una mujer lujuriosa, adúltera, que se acuesta con cualquiera. El amante que aparece en el relato no es el primero, sino uno de muchos.

La vieja o alcahueta: es la intermediaria entre la esposa y los amantes. Ella le aconseja qué amantes debe tener y cuáles no y la ayuda a llevar a cabo la acción.

El amante: es un joven desafortunado que no se espera lo que ocurre en esa casa. Él parece un amante experto, según lo que cuenta la anciana.

El batanero: amigo del molinero, no toma palabra en la historia, pero se cuenta su historia. Gracias a él podemos comparar su reacción con la del molinero al descubrir al amante.

Podríamos considerar un quinto personaje, el narrador de la historia, Lucio, que, transformado en asno, participa en la historia descubriendo al amante, para que el molinero conociera el verdadero carácter de su esposa.

Personajes en el Decamerón

Pedro de Viriciolo: el marido. Es el único nombre que conocemos de la historia, los demás personajes son simplemente, el amante, la mujer y la vieja. Tan solo se nombra al amigo de Pedro, Herculano. Pedro Viriciolo es un personaje interesante. Según se nos da a entender en la historia, es un hombre homosexual que toma esposa para callar los comentarios de sus amigos, aunque él no sienta deseo por las mujeres.

La esposa: es una mujer joven que se casó sin saber la condición de su marido. Piensa que va a perder su juventud y por ello decide tomar un amante. Boccaccio justifica el adulterio de la mujer. Verdaderamente ella no tiene la culpa de ser infiel a su marido, pues él debería cumplir con sus obligaciones conyugales y no lo hace. De alguna manera la exculpa.

La vieja: es una mujer sabia y tomada por los habitantes de la ciudad como una especie de santa. La esposa de Pedro le pide consejo sobre lo que hacer con respecto a su marido. Ella le aconseja tomar un amante y la ayuda a encontrarse con él. Se trata del personaje clásico de la alcahueta (motivo amatorio de la “tercería”).

El amante: es un hombre que se deja llevar por la situación, aprovechando todas las oportunidades que se le aparecen.

Herculano: el amigo de Pedro de Viriciolo, al igual que sucede con el batanero, es un personaje secundario. Se cuenta su desventura. Como se ha dicho antes, su aparición nos sirve para comparar su reacción con la de Pedro al descubrir al amante de su esposa.

En ambos relatos se comparten los personajes con diferencias sutiles. En la historia del *Decamerón* aparece también un asno que sólo buscaba agua, pero se movió y por casualidad pisó la mano del amante. Sin embargo, en *El asno de oro* el asno, que es Lucio, le pisa la mano con la intención de que el amante fuera descubierto.

Las historias

En *El asno de oro* se observa todo desde el punto de vista de Lucio, quien, en forma de burro, nos cuenta la historia.

La esposa del molinero ha tenido una serie de amantes bastante comunes, toscos, torpes y descuidados, además de cobardes, según la vieja, amiga de la mujer. Ésta los

crítica sin parar y le habla de un hombre en concreto que tenía fama de hombre discreto, valiente y tenaz. Le cuenta una historia en la que este amante sale airoso de una situación que podría haber sido embarazosa y peligrosa. Al oírla, la esposa queda conforme con la vieja de que es el amante adecuado y le pide que arregle las cosas para un encuentro.

Ahí es donde comenzaría la historia que verdaderamente nos atañe. La introducción que nos da Boccaccio para esta historia es completamente distinta. Primero nos hallamos ante un pequeño título que nos informa del contenido de la misma. Éste dice así: “De Pedro Viriciolo, de Perusa, el cual siendo vicioso de sodomía, se casó por disimular, y cómo su mujer le puso los cuernos.”

Ya nos introduce un tanto la historia. Nos encontramos con un hombre homosexual que por disimular ante sus conocidos toma esposa sin sentir deseo por las mujeres. La mujer, que se da cuenta de ello cuando está ya casada, primero intenta hacer comprender al marido que ella tiene unas necesidades físicas que el marido tiene el deber de satisfacer, pero él hace oídos sordos a sus quejas y súplicas. Entonces ella toma la determinación de hablar con una vieja que hay en Perusa, que es tomada por santa y sabia por todos. Ella se queja de que va a perder su juventud sin aprovecharla. La vieja, que entiende de esas cosas, le aconseja que se busque un amante ya que iría contra las leyes de la naturaleza que ella perdiera su juventud, su vida al final, porque su marido no quisiera satisfacerla. Al final ella se convierte en su mediadora con los amantes.

Ambas introducciones son completamente distintas y son cruciales para comprender la historia. En *El asno de oro*, se nos presenta a una mujer acostumbrada a serle infiel a su marido, una mujer mala, al fin y al cabo, que se merecería todo el mal del mundo. Sin embargo, en el *Decamerón*, nos encontramos frente a una mujer desafortunada que tomó por marido a un hombre que jamás se interesaría por ella sexualmente. Ella entonces toma las riendas de su vida y decide satisfacer sus deseos por otro lado. Ella no tiene la culpa, al revés, si alguien tiene la culpa del adulterio es el marido por desatender sus obligaciones conyugales.

A partir de este punto la historia que se cuenta es la misma. Continuaremos con el esquema llevado en las dos historias anteriores y compararemos estos dos relatos fragmento a fragmento.

Comenzaremos con la preparación de la cena por parte de la esposa y la llegada del amante.

At pudica uxor statim cenas saliares comparat. uina pretiosa defaecat, pulmenta recentia tucetis temperat. mensa largiter instructa denique, ut dei cuiusdam aduentus, sic expectatur adulteri. nam et opportune maritus foris apud naccam proximum cenitabat. ergo igitur meridie propinquante helcio tandem absolutus refectuique secure redditus non tam hercules laboris libertatem gratulabar quam quod reuelatis luminibus liber etiam cunctas facinorosae mulieris artes prospectare poteram. sol ipsum quidem delapsus Oceanum subterrenas orbis plagas inluminabat et ecce nequissimae anus adhaerens lateri temerarius adulter aduentat, puer admodum et adhuc lubrico genarum splendore conspicuus, adhuc adulteros ipse delectans. hunc multis admodum sauiis exceptum mulier cenam iubet paratam adcumbere.

Sed ut primum occursoriam potionem et inchoatum gustum extremis labiis contingebat adulescens, multo celerius opinione rediens maritus aduentat.

La recatada esposa, por su parte, prepara inmediatamente una cena digna de los salios: retira los posos de unos vinos exquisitos, aliña carne fresca picada con otras en conserva; en resumen, con aquella mesa suntuosamente dispuesta espera la llegada del amante como la de un dios. Y es que daba la casualidad de que el marido cenaba fuera, en casa de un batanero vecino. Así pues, cuando, al aproximarse la tarde, me vi por fin desenganchado de los arreos y me permitieron dedicarme a reponer fuerzas con tranquilidad, no me alegraba tanto, por Hércules, de estar liberado de las fatigas cuanto de que, como me habían destapado los ojos, también podía escudriñar libremente todas las artimañas de aquella mujer malhechora. El sol, que había caído en el mismísimo océano, iluminaba las regiones del planeta que se encuentran bajo la tierra cuando he aquí que llega el arrojado galán pegado al costado de la perversa vieja: era bastante niño, como dejaba claro el brillo de sus mejillas, todavía lisas, y todavía era capaz él mismo de hacer las delicias de los adúlteros. Después de recibirlo con infinidad de besos, le ordena la mujer que se recueste a la mesa para la cena que tenía preparada.

Pero en cuanto el joven había rozado apenas con la punta de los labios la copa inicial y los primeros aperitivos, llega el marido, que vuelve mucho antes de lo que se creían. (Apuleyo, 9.22.3)

Avvenne che, dovendo una sera andare a cena il marito con un suo amico, il quale aveva nome Ercolano, la giovane impose alla vecchia che facesse venire a lei un garzone, che era de'più belli e de'più piacevoli di Perugia; la quale prestamente così fece. Ed essendosi la donna col giovane posti a tavola per cenare, ed ecco Pietro chiamò all'uscio che aperto gli fosse.

Y acaeció que, habiendo de ir a cenar una noche su marido con un amigo suyo llamado Herculano, la moza rogó a la vieja que le hiciese venir un mozo que era de los más hermosos y placentes mozos de Perusa. Y ella prestamente lo hizo. Y estando la mujer con este mozo sentados a la mesa para cenar, llamó el marido a la puerta. (Boccaccio, 5.10)

En ambos textos la mujer prepara la cena y espera a que llegue el amante para cenar juntos. Cena que se ve interrumpida por la llegada del marido. Sin embargo, en Apuleyo hay una intervención más, la de Lucio. Es el protagonista de la obra y vemos todo lo que ocurre a través de sus ojos, por lo que es normal que nos encontremos con esa pequeña interpolación que se sale del curso del pequeño relato y que nos cuenta cómo está Lucio en esos momentos.

Tras llamar el marido, la mujer esconde al amante. En el caso de Apuleyo el amante se esconde en una artesa de madera, y en el de Boccaccio se esconde en una cesta de los pollos.

La mujer abre a la puerta y se encuentra con el marido. Ésta le pregunta sobre la prontitud de su llegada. En el caso de Apuleyo hay un fragmento más que en el *Decamerón*. Después de que la mujer le pregunte al marido el porqué de su llegada, en Boccaccio la explicación es inmediata, pero no en Apuleyo, donde el marido se lamenta y la mujer debe insistirle para que le cuente lo sucedido en casa de su amigo.

'Nefarium', inquit, 'et extremum facinus perditae feminae tolerare nequiens fuga me proripui. hem qualis, dii boni, matrona, quam fida quamque sobria turpissimo se dedecore foedavit! iuro per istam ego sanctam Cererem me nunc etiam meis oculis de tali muliere minus credere.'

His instincta uerbis mariti audacissima uxor noscendae rei cupiens non cessat optundere totam prorsus a principio fabulam promeret. nec destitit, donec eius uoluntati succubuit maritus et sic, ignarus suorum, domus alienae percenset infortunium:

-Salí huyendo de allí incapaz de soportar el crimen execrable y tremendo de una partida. ¡Dioses misericordiosos, que una señora de esa clase, tan fiel y tan sobria, se haya envilecido con la más vergonzosa indignidad! Juro por esta sagrada Ceres que todavía no doy crédito a lo que he visto de esa mujer.

Instigada por estas palabras del marido, la atrevidísima esposa, que se desvivía por conocer todo el asunto, no deja de importunarlo para que le desvele la historia en todos sus detalles desde el principio. Y no cejó hasta que su marido accedió a sus deseos y, así, ignorante de sus propias desgracias, pasa a enumerar las de la casa ajena. (Apuleyo, 9.23.4)

Después el marido procede a explicarle a su esposa todo lo sucedido en casa de su amigo. En Apuleyo el marido habla sobre la esposa del batanero al principio de su narración, esto no aparece en Boccaccio.

'Contubernalis mei fullonis uxor, alioquin seruati pudoris ut uidebatur fémína, quae semper secundo rumore gloriosa larem mariti pudice gubernabat, occulta libidine prorumpit in adulterum quempiam. cumque furtiuos amplexus obiret adsidue, ipso illo denique momento, quo nos lauti cenam petebamus, cum eodem illo iuene miscebatur in | uenerem. ergo nostra repente turbata praesentia, subitario ducta consilio eundem illum subiectum contegit uimineae caueae, quae fustium flexu tereti in rectum aggerata cumulum lacinias circumdatas suffusa candido fumo sulphuris inalbabat, eoque iam, ut sibi uidebatur, tutissime celato mensam nobiscum secreta participat.

-La esposa de mi camarada el batanero, una mujer que, por lo que parecía, había observado en cualquier otra ocasión una conducta decente y que gobernaba honestamente el hogar de su marido gozando siempre de una excelente reputación, se ha arrojado en brazos de una amante llevada por una pasión secreta. Y como se entregaba a sus brazos furtivos constantemente, resulta que, al final, en aquel mismo momento en el que

nosotros, después del baño, nos dirigíamos a la cena, estaba teniendo trato carnal con aquel mismo joven. Así que, alarmada por nuestra repentina aparición y dejándose llevar por la primera idea que se le ocurrió, lo esconde metiéndolo bajo una jaula de mimbre construida con varas trenzadas en círculo de tal manera que acabara en una punta recta y sobre la cual, gracias a los blancos vapores de azufre que se expandían por debajo, se blanqueaban unas telas colocadas alrededor. Y una vez que estuvo bien oculto y seguro, según imaginaba ella, comparte confiada con nosotros la mesa. (Apuleyo, 9.24.1)

El marido intuye lo que ocurrió antes de que él y el batanero llegaran a la casa, puesto que ninguno de los dos podía saber a ciencia cierta lo que había pasado antes de que ellos se presentaran para cenar.

Interdum acerrimo grauique odore sulphuris iuuenis inescatus atque obnubilatus intercluso spiritu diffluebat, utque est ingenium uiuacis metalli, crebras ei sternutationes commouebat. atque ut primum e regione mulieris pone tergum eius maritus acceperat sonum sternutationis –quod enim putaret ab ea profectum- solito sermone salutem ei fuerat imprecatus et iterato rursus et frequentato saepius, donec rei nimietate commotus quod res erat tandem suspicatur.

Entre tanto, el joven comenzaba a desvanecerse sin poder respirar, intoxicado y perturbado por el olor acre e intenso del azufre, que además, como es propio de la naturaleza de este potente elemento, le empezaba a producir estornudos continuos. Cuando al principio su marido oía un ruido de estornudo procedente del sitio donde estaba la mujer, a su espalda, le deseaba salud con la fórmula acostumbrada- puesto que, en efecto, creía que provenía de ella-, y lo mismo al repetirse de nuevo e ir multiplicándose con mayor frecuencia; hasta que, extrañado ante un fenómeno tan excesivo, llega a sospechar por fin de qué se trata. (Apuleyo, 9.24.3)

Apuleyo expone brevemente cómo el batanero descubre al amante de su mujer, aunque quizás en este caso el amante se descubre así mismo.

En Boccaccio la escena es más amplia, puesto que el marido reproduce las palabras textuales de Herculano, cuando empieza sospechar que quien estornuda podría ser el amante de su mujer.

- Dirolti: essendo noi già posti a tavola Ercolano e la moglie e io, e noi sentimmo presso di noi starnutire, di che noi né la prima volta né la seconda ce ne curammo; ma quegli che starnutito avea, starnutando ancora la terza volta e la quarta e la quinta e molte altre, tutti ci fece meravigliare; di che Ercolano, che alquanto turbato con la moglie per ciò che gran pezza ci avea fatti stare all'uscio senza aprirci, quasi con furia disse: - Questo che vuol dire? Chi è questi che così starnutisce? - e levatosi da tavola andò verso una scala la quale assai vicina v'era, sotto la quale era un chiuso di tavole vicino al piè della scala, da riporvi, chi avesse voluto, alcuna cosa, come tutto di veggiamo che fanno far coloro che le lor case acconciano. E parendogli che di quindi venisse il suono dello starnuto, aperse un usciuolo il qual v'era, e come aperto l'ebbe, subitamente n'uscì fuori il maggior puzzo di solfo del mondo, benché davanti, essendocene venuto puzzo e rammaricaticene, aveva detto la donna: - Egli è che dianzi io imbiancai miei veli col solfo, e poi la tegghiuzza, sopra la quale sparto l'avea perché il fummo riceversero, io la misi sotto quella scala, sì che ancora ne viene -. E poi che Ercolano aperto ebbe l'usciuolo e sfogato fu alquanto il puzzo, guardando dentro vide colui il quale starnutito avea e ancora starnutiva, a ciò la forza del solfo strignendolo; e come che egli starnutisse, gli avea già il solfo sì il petto serrato, che poco a stare avea che né starnutito né altro non avrebbe mai.

“Te lo diré. Nos habíamos sentado a la mesa, Herculano, su mujer y yo, cuando sentimos cerca de nosotros estornudar, a lo que ni por la primera y ni por la segunda vez dimos importancia; pero volviendo a estornudar el que estornudado había por tercera, cuarta y quinta vez, y tras muchas veces, quedamos muy maravillados. Por lo cual Herculano, que mucho se había enojado porque su mujer no le había abierto hasta al cabo de un rato, muy turbado se levantó de la mesa, y dijo: ‘¿Qué significa esto? ¿Quién estornuda de ese modo?’, y se fue a una manera de alacena que hay debajo de la escalera, pareciéndole que de allí salían los estornudos, y abrió una portezuela que tenía; y súbitamente comenzó a salir de allí el mayor hedor de piedras azufre, ya su mujer dicho habíale que poco antes había

enzufrado, para blanquearlos, unos tocados suyos, y había después puesto el lebrillo en el cual había esparcido el azufre, bajo la escalera.

” Y desque Herculano hubo abierto aquella portezuela, y el humo que de allí salió se hubo disipado, mirando Herculano dentro, vio a aquel que estornudado había y aún todavía estornudaba, constreñido por la fuerza del humo sulfúreo. Y aunque estornudase, la piedra azufre habíale ya en tal manera cerrado el pecho, que por poco más que allí estuviera él no habría estornudado más ni jamás hecho otra cosa alguna. (Boccaccio, 5.10)

Con la intervención verbal de Herculano notamos la ira que siente en ese momento.

Los amantes se esconden en sitios diferentes, aunque el motivo de los estornudos es el mismo para los dos. El amante de Apuleyo se esconde dentro de una jaula de mimbre, y el de Boccaccio en la alacena bajo la escalera. Al final ambos estornudan por el azufre.

*et impulsa mensa protenus remotaque cauea producit hominem crebros
anhelitus aegre reflantem inflammatusque indignatione contumeliae
gladium flagitans iugulare moriturum gestiebat, ni respecto communi
periculo uix eum ab impetu furioso cohibuissem adseuerans breui absque
noxa nostri suapte inimicum eius uiolentia sulphuris periturum. nec suadela
mea sed ipsius rei necessitate lenitus, quippe iam semiuiuum, illum in
proximum deportat angiportum.*

Inmediatamente de un empujón a la mesa y, quitando la jaula, hace salir al hombre, que, entre continuos jadeos, apenas era capaz de exhalar el aire. Encolerizado de indignación ante semejante ofensa, reclamaba una espada y estaba dispuesto a degollar al moribundo, pero, teniendo en cuenta el riesgo que corríamos todos, conseguí a duras penas frenar su furioso impulso, asegurándole que, muy pronto y sin ninguna responsabilidad por nuestra parte, su enemigo iba a morir por sí mismo debido a la violencia del azufre. Y ya un poco más calmado no por mi capacidad de persuasión, sino por la fuerza de los hechos, ya que el joven estaba medio muerto, lo traslada a un callejón próximo. (Apuleyo, 9.25.2)

*Ercolano, vedutolo, gridò: - Or veggio, donna, quello per che poco avanti,
quando ce ne venimmo, tanto tenuti fuor della porta, senza esserci aperto,*

fummo; ma non abbia io mai cosa che mi piaccia, se io non te ne pago - . Il che la donna udendo, e vedendo che 'l suo peccato era palese, senza alcuna scusa fare, levatasi da tavola si fuggì, né so ove se n'andasse. Ercolano, non accorgendosi che la moglie si fuggia, più volte disse a colui che starnutiva che egli uscisse fuori; ma quegli, che già più non poteva, per cosa che Ercolano dicesse non si movea; laonde Ercolano, presolo per l'uno de'piedi, nel tirò fuori, e correva per un coltello per ucciderlo; ma io, temendo per me medesimo la signoria, levatomi, non lo lasciai uccidere né fargli alcun male, anzi gridando e difendendolo, fui cagione che quivi de'vicini trassero, li quali, preso il già vinto giovane, fuori della casa il portarono non so dove

Herculano, viéndole, comenzó a gritar, diciendo: 'Ahora veo mujer, por qué, cuando antes llamamos, nos tuviste tanto a la puerta. Mas no tenga yo cosa que me plega, si yo no te lo pago.' Lo cual oyendo la mujer, al verse descubierta, sin intentar excusarse se levantó de la mesa, y huyó por la puerta afuera, que no sé dónde se fue. Mas Herculano, sin parar mientes a la mujer que huía, muchas veces dijo al que estornudaba, que saliese; pero éste, que ya no podía más, por mucho que Herculano le dijese, no se movía. Herculano entonces, echándole mano de un pie lo sacó a rastras y fue en busca de un puñal para matarlo; mas yo, temiendo que la justicia no me culpase de aquella muerte, no consentí que lo hiciese, evitándolo y dando voces. Y se siguió que, al alboroto, vinieron muchos de sus vecinos, los cuales tomando al desvanecido mozo, fuera de la casa se lo llevaron, no sé dónde. (Boccaccio, 5.10)

Herculano parece estar más encolerizado que el batanero. Esto se puede ver gracias a que toma la palabra en la narración para increpar a la mujer por su adulterio. También se nota en su necesidad de matar al amante. Mientras que el batanero se acaba conformando con que el azufre acabe con el amante, Herculano sólo se refrena por la llegada de sus vecinos y por la intervención de Pedro de Viriciolo.

En el relato de Boccaccio, la mujer de Herculano desaparece en el momento en que su marido descubre al amante. Sin embargo, en Apuleyo, el molinero debe convencer a la mujer del batanero para que se marche. Esto aparece en un fragmento que no está en el *Decamerón*.

tum uxorem eius tacite suasi ac denique persuasi secederet paululum atque ultra limen tabernae ad quampiam tantisper familiarem sibi mulierem, quoad spatium feruens mariti sedaretur animus, qui tanto calore tantaque rabie percussus non erat dubius aliquid etiam de se suaque coniuge tristius profecto cogitare.

Entonces recomendé discretamente a su esposa y al final la convencí de que permaneciera una temporada apartada y desde luego lejos de su establecimiento, en casa de alguna amiga, en tanto se tranquilizaba con el tiempo el ánimo enfurecido de su marido, que, tal como estaba de alterado con una irritación y una rabia tan grandes, no había duda de que estaría pensando seguramente algo todavía más lamentable con respecto a su mujer y a sí mismo. (Apuleyo, 9.25.5)

Una vez que el marido le cuenta esto a su mujer, ésta reacciona criticando a la mujer de su amigo poniéndola de prostituta, y afirmando que a las mujeres así habría que quemarlas. Esto es así en ambos relatos, aunque la intención de las esposas al decir eso es distinta.

En Apuleyo, la esposa del molinero lo hace con maldad: “ya hacía tiempo que su mujer, desvergonzada y temeraria, había empezado a maldecir a la esposa del batanero” (9.26.1)

Sin embargo, la mujer de Pedro de Viriciolo critica y censura a la mujer de Herculano pensando que así encubriría su propia falta.

Udendo la donna queste cose, conobbe che egli erano dell'altre così savie come ella fosse, quantunque talvolta sciagura ne cogliesse ad alcuna, e volentieri avrebbe con parole la donna d'Ercolano difesa; ma, per ciò che col biasimare il fallo altrui le parve dovere a'suoi far più libera via, cominciò a dire:

Oyendo la mujer de Pedro estas cosas, supo que otras había tan sabias como ella en aquel negocio; y aunque el infortunio de la mujer de Herculano le pesase, y de buen grado con palabras la hubiera defendido, porque diciendo mal de la falta de otra le pareció su propia falta encubrir mejor, comenzó a decir: (Boccaccio, 5.10)

Tras esto, ambas mujeres, acordándose del amante escondido, intentan convencer a sus maridos de que se acuesten, pero éstos insisten en cenar. En Apuleyo cuando el marido se niega a acostarse sin cenar, la esposa rápidamente le pone la mesa. Sin embargo, en Boccaccio la mujer protesta y se queja y al final el marido acaba acostándose sin cenar.

- Sì, da cena ci ha! Noi siamo molto usate di far da cena, quando tu non ci sé! Sì, che io sono la moglie d'Ercolano! Deh che non vai? Dormi per istasera: quanto farai meglio!

“¡Sí, pardiez, que cuando tú no estás en casa hago yo alguna gran cena! Con no nada me paso. ¿Crees, tú, que yo soy la mujer de Herculano? Vete a acostar, por esta noche, y harás mejor; que de cena, mal recaudo tienes.”
(Boccaccio, 5.10)

Ahora es el momento en el que el asno le pisa la mano al amante. Nos encontramos con que el molinero se encuentra cenando y Pedro de Viriciolo acostado en su cámara.

En Apuleyo, Lucio vuelve a tomar la palabra. Aquí se nota una gran diferencia, ya que Lucio, para que su amo conociera el verdadero carácter de su mujer, aprovecha la oportunidad que se le presenta cuando lo llevan a beber agua al abrevadero, que estaba pasando por donde se hallaba escondido el amante. Entonces pisa la mano del amante, descubriendo así la infidelidad de la mujer del molinero.

En Boccaccio, mientras el amante está escondido, unos labradores con sus animales pasaban por allí y uno de sus asnos mientras buscaba agua le pisa la mano, haciendo que éste se descubriera. No hay intención por parte del asno de descubrir al amante.

A partir del momento en el que el marido descubre al amante de su mujer, las historias se distancian un poco. Primero se tratará el final de la historia de Apuleyo.

Una vez que el marido descubre al amante, se acerca a él e intenta tranquilizarlo haciéndole saber que nada malo va a pasarle, que él no va a maltratarlo como el batanero, sino que, como su esposa y él deben compartir todas las cosas, lo compartirán a él.

'nihil triste de me tibi, fili, metuas. non sum barbarus nec agresti morum squalore praeditus nec ad exemplum naccinae truculentiae sulphuris te

letali fumo necabo ac ne iuris quidem seueritate lege de adulteriis ad discrimen uocabo capitis tam uenustum tamque pulchellum puellum sed plane cum uxore mea partiaro tractabo. nec herciscundae familiae sed communi diuidendo formula dimicabo, ut sine ulla controuersia uel dissensione tribus nobis in uno conueniat lectulo. nam et ipse semper cum mea coniuge tam concorditer uixi, ut ex secta prudentium eadem nobis ambobus placerent. sed nec aequitas ipsa patitur habere plus auctoritatis uxorem quam maritum.'

-No temas nada desagradable de mí, hijo mío. No soy un bárbaro ni me caracterizo por la rudeza de comportamiento de un labriego, ni te voy a ahogar con el humo mortal del azufre, siguiendo el ejemplo del atroz batanero, y ni siquiera voy a acusar a un chico tan encantador y tan bonito de un crimen penado con la muerte con todo el rigor de derecho y de acuerdo la ley sobre adulterios, sino que te voy a tratar enteramente como una propiedad compartida con mi esposa. Y no voy a entablar un pleito por el procedimiento seguido para dividir una herencia, sino por el de repartir un bien común, de tal manera que nosotros tres quedemos conformes, sin conflictos ni disputas, en un solo lecho. Porque yo he vivido con mi esposa con tanta armonía que siempre, de acuerdo con las enseñanzas de los sabios, hemos tenido los mismo gustos. Pero el principio de igualdad mismo no consiente que la mujer tenga más derecho que el marido. (Apuleyo, 9.27.4)

Una vez que consigue calmarlo un poco, lo guía hasta su habitación, que estaba vacía, ya que previamente había encerrado a su esposa en otro lugar. Entonces se acostó él solo con el joven. Por la mañana llamó a dos de sus servidores y empezó a azotarle las nalgas al amante como castigo por la ofensa cometida. Mientras lo castigaba le decía:

'tu autem', inquit, 'tam mollis ac tener et admodum puer defraudatis amatoribus aetatis tuae flore mulieres adpetis atque eas liberas et conubia lege sociata conrumpis et intempestiuum tibi nomen adulter uindicas.'

-¡Con que tú, que eres tan delicado, tan tierno y todavía un niño, privas a los amantes de la flor de tu edad y buscas mujeres, mujeres libres además, y arruinas matrimonios contraídos legalmente y te atribuyes una fama de galán que no te corresponde por tus años! (Apuleyo, 9.28.3)

Ya no nos encontramos ante un amante valiente, audaz y experimentado, como le había descrito la vieja a la esposa del molinero, sino con un chiquillo que no debería tener relaciones con ese tipo de mujeres. Él debería complacer a los hombres, a los amantes, según el molinero.

Finalmente el molinero echa de su casa al amante y le da a su mujer una notificación de divorcio.

En Boccaccio, cuando Pedro de Viriciolo oye el grito del amante al pisarle el asno la mano. Éste baja de su alcoba, donde estaba acostado, para ver quién profiere tal ruido y cuando ve al amante lo reconoce, ya que éste pecaba de los mismos vicios que él.

Una vez descubierto, se lo lleva a su alcoba para pedirle explicaciones a su mujer. Aquí ya encontramos una diferencia con el final de Apuleyo, donde la mujer no aparece más después de servirle la cena al marido. Sin embargo, en el relato de Boccaccio, el marido va a ver a la mujer con el amante para increparle por lo sucedido. La acusa de haber criticado a la mujer de Herculano cuando ella estaba cometiendo la misma falta, pero ella se defiende haciéndole saber al marido que, si cometía adulterio, era porque él no cumplía con sus obligaciones conyugales.

- Io ne son molto certa che tu vorresti che fuoco venisse da cielo che tutte ci ardesse, sì come colui che sé così vago di noi come il can delle mazze; ma alla croce di Dio egli non ti verrà fatto. Ma volentieri farei un poco ragione con essoteco per sapere di che tu ti ramarichi; e certo io starei pur bene se tu alla moglie d'Ercolano mi volessi agguagliare, la quale è una vecchia picchiapetto spigolistra e ha da lui ciò che ella vuole, e tienla cara come si dee tener moglie, il che a me non avviene. Ché, posto che io sia da te ben vestita e ben calzata, tu sai bene come io sto d'altro e quanto tempo egli è che tu non giacesti con meco; e io vorrei innanzi andar con gli stracci in dosso e scalza ed esser ben trattata da te nel letto, che aver tutte queste cose, trattandomi come tu mi tratti. E intendi sanamente, Pietro, che io son femina come l'altre, e ho voglia di quel che l'altre; sì che, perché io me ne procacci, non avendone da te, non è da dirmene male; almeno ti fo io cotanto d'onore, che io non mi pongo né con ragazzi né con tignosi.

“Yo soy muy cierta que tú querrías que viniese fuego del cielo que nos quemase, a todas, porque tú rabias por las mujeres como el perro por los palos; mas ¡por la cruz de Dios!, que no será así. Pero, yo deseo mucho hablar contigo por saber de qué te quejas. ¿Quiéresme igualar, a mí, que soy moza, con la mujer de Herculano, que es una vieja y aun pepitosa, y dale su marido cuanto quiere, y ámala él cuanto cualquier marido amar debe a su mujer? Que puesto que yo sea de ti bien vestida y bien calzada, tú sabes bien cómo estoy de lo otro, y cuánto tiempo ha que no dormiste conmigo. Que yo querría antes andar toda desnuda y hecha andrajos y descalza, y ser como las otras, y he gana de lo que ellas lo han; así que, porque yo me busco recaudo, no me debes poner culpa, que, a lo menos, miro yo tu honra, que no me pongo con mozos de espuelas ni con tiñosos, sino con hombres como este que ves.” (Boccaccio, 5.10)

La mujer acusa a Pedro de Viriciolo de su adulterio, puesto que si ella hubiera estado satisfecha en el ámbito sexual, no hubiera tenido que buscarse una amante.

Pedro de Viriciolo comprende lo que su mujer quiere explicarle y, al final, los dos yacen con el amante.

El final de ambos relatos es bastante distinto. En Apuleyo, el molinero, cuando descubre la infidelidad, decide castigar al amante acostándose con él y propinándole una paliza, y castiga a su mujer pidiéndole el divorcio.

En Boccaccio, cuando Pedro de Viriciolo descubre al amante, primero le pide explicaciones a la mujer y, al final, resuelven que la solución más adecuada para el matrimonio es yacer los tres juntos. Nadie es castigado, al contrario, se podría decir que la historia termina felizmente.

Conclusión

Al igual que en las historias anteriores, las diferencias se hallan básicamente en los personajes. En el relato de Apuleyo nos encontramos ante una mujer vil, cruel y descarada que se aprovecha de la ausencia del marido para yacer con cualquier amante. Mientras que en Boccaccio nos encontramos con una mujer buena que intenta yacer con su marido en un principio, pero éste no quiere, y, al ver que perdería su juventud, decide buscarse un amante.

Los maridos también ofrecen sus diferencias. En Apuleyo el marido es un molinero honrado que trabaja para ganarse el pan, por ello se enfurece tanto cuando descubre que su mujer tiene un amante. Sin embargo, el marido de Boccaccio, Pedro de Viriciolo, es un hombre bueno y honrado, pero sabe que no ha gratificado sexualmente a su mujer, por ello no se enfurece tanto con ella y con el amante, porque comprende que él tiene gran parte de culpa en toda esa situación.

CONCLUSIÓN FINAL

Aunque los relatos que hemos comentado de Boccaccio se basan en las narraciones de Apuleyo, éstos han sufrido ciertas transformaciones. Esto puede deberse al cambio de época, a la manera de concebir las cosas y a la *imitatio cum variatione* de la literatura occidental. Es notable el hecho de que en Apuleyo la mujer siempre sea la culpable de la infidelidad; ya no sólo entra en juego la culpabilidad, sino que la mujer es mala porque le gusta ser infiel a su marido. Es una mujer pecadora que se deja llevar por el vicio y la locura. Sin embargo, en Boccaccio la mujer tiene razón para serle infiel a su marido, o no lo hace con maldad ni disfruta con ello. En el primer relato, la mujer le es infiel porque se enamora de otro hombre, ella sabe que no lo hace bien, puesto que se pone nerviosa cuando su marido llama a la puerta; la segunda mujer, la de Pedro de Viriciolo, tiene una razón para ser infiel que la exculpa, y parece que si existe un culpable: el marido.

El tiempo, la sociedad y los gustos literarios cambiaron probablemente el punto de vista de Boccaccio y el desarrollo de los dos relatos.

BIBLIOGRAFÍA

Boccaccio, G. (1982), *Decamerón* (Marcial Olivar, trad.) Barcelona: Editorial Planeta.

Lucio, Apuleyo (2003), *Las metamorfosis o El asno de oro II* (Juan Martos Fernández, ed. y trad.). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Candido, Igor (2014), *Boccaccio umanista: studi su Boccaccio e Apuleio*, Ravenna: Longo Editore.

Boccaccio, G. *Decameron* [Libro en línea]. Utet. Torino: Vittore Bionca, 1956.
http://www.letteraturaitaliana.net/pdf/Volume_2/t318.pdf [07-09-2015]

ANEXO I

Libro IX *Las Metamorfosis o El asno de oro. Relato del artesano y la tinaja (5-7).*

et hospitio proximi stabuli recepti cognoscimus lepidam de adulterio cuiusdam pauperis fabulam, quam uos etiam cognoscatis uolo.

Is gracili pauperie laborans fabriles operas praebendo paruis illis mercedibus uitam tenebat. erat ei tamen uxorcula etiam satis quidem tenuis et ipsa, uerum tamen postrema lasciuiam famigerabilis. sed die quadam, dum matutino ille ad opus susceptum proficiscitur, statim latenter inrepat eius hospitium temerarius adulter. ac dum Veneris conluctationibus securius operantur, maritus ignarus rerum ac nihil etiam tum tale suspicans inprouisus hospitium repetit. iamque clausis et obseratis foribus uxoris laudata continentia ianuam pulsat sibilo etiam praesentiam sua denuntiante. tunc mulier callida et ad huius modi flagitia perastutula tenacissimis amplexibus expeditum hominem dolio, quod erat in angulo semiobrutum sed alias uacuum, dissimulanter abscondit et patefactis aedibus adhuc introuentem maritum aspero sermone accipit: 'sicine uacuum et otiosus insinuatis manibus ambulabis mihi nec obito consueto labore uitae nostrae prospicies et aliquid cibatum parabis? at ego misera pernox et per diem lanificio neruos meos contorqueo, ut intra cellulam nostram saltem lucerna luceat. quanto me felicior Daphne uicina, quae mero et prandio matutino saucia cum suis adulteris uolutatur.'

Sic confutatos maritus, 'et quid istic est?', ait; 'nam licet forensic negotio officinator noster attentus ferias nobis fecerit, tamen hodiernae cenulae nostrae prospexi. uide sis ut dolium, quod semper uacuum, frustra locum detinet tantum et re uera praeter impedimentum conuersationis nostrae nihil praestat amplius? istud ego quinque denariis cuidam uenditum, et adest, ut dato pretio secum rem suam ferat. quin itaque praecingeris mihi que manum tantisper accommodas, ut exobrutum protinus tradatur emptori.'

E re nata fallacia mulier temerarium tollens cachinnum, 'magnum', inquit, 'istum uirum ac strenuum negotiatorem nacta sum, qui rem, quam ego | mulier et intra hospitium contenta iam dudum septem denariis uendidi, minoris distraxit.'

Additamento pretii laetus maritus, 'et quis est ille', ait, 'qui tanto praestinauit?' at illa, 'olim, inepte', inquit, 'descendit in dolium sedulo soliditatem eius probaturus.'

Nec ille sermoni mulieris defuit sed exurgens alacriter, 'uis', inquit, 'uerum scire, mater familias? Hoc tibi dolium nimis uetustum est et multifariam rimis hiantibus quassum.' Ad maritumque eius dissimulanter conuersus, 'quin tu, quicumque es, homuncio, lucernam', ait, 'actutum mihi expedis, ut erasis intrinsecus sordibus diligenter aptum usui possim dinoscere, nisi nos putas aes de malo habere?' nec quicquam moratus ac suspicatus acer et egregius ille maritus accensa lucerna, 'discede', inquit, 'frater, et otiosus adsiste, donec probe percuratum istud tibi repraesentem.' et cum dicto nudatus ipse delato lumine scabiem uetustam cariosae testae occipit exculpere. at uero adulter bellissimus ille pusio inclinatam dolio pronam uxorem fabri superincuruatus secure dedolabat. ast illa capite in dolium demisso maritum suum astu meretricio tractabat ludicre; hoc et illud et aliud et rursus aliud purgandum demonstrat digito suo, donec utroque opere perfecto acceptis septem denariis calamitosus faber collo suo gerens dolium coactus est ad hospitium adulteri perferre.

Después de alojarnos en una posada cercana, nos enteramos de una historia muy graciosa sobre un caso de adulterio de un hombre humilde, que quiero que conozcáis también vosotros.

Este, que pasaba dificultades por su extrema miseria, se ganaba la vida alquilando sus servicios como artesano a cambio de la escasa remuneración que así se obtiene. Tenía, a pesar de todo, una mujercilla, también muy pobre ella, desde luego, pero famosa, en cambio, por su tremenda lascivia. Cierta día, mientras se marcha él por la mañana a una obra que le habían encargado, se introduce inmediatamente a escondidas en su vivienda un arrojado galán. Y cuando se encuentran más confiados en plena faena del combate amoroso, vuelve de improviso a la vivienda el marido, ajeno a todo y sin sospechar ni siquiera entonces nada parecido. Tras alabar la virtud de su esposa al encontrar las puertas cerradas y atrancadas, empieza a llamar mientras anuncia además con un silbido su presencia. Entonces la mujer hábil y taimada en este tipo de vergonzosas acciones, librando al hombre de su fortísimo abrazo, lo esconde secretamente en una tinaja que estaba medio cubierta en un rincón, pero por lo demás vacía. En cuanto abre la puerta de la casa y mientras su marido está todavía entrando, lo recibe con muy malas palabras:

-¿Así, desocupado y sin hacer nada, vas a estar dándote paseos con las manos en los pliegues de la túnica y no te vas a preocupar de nuestro sustento atendiendo a tu trabajo habitual ni vas a procurarnos nada de comer? En cambio yo, pobre de mía, me destrozo

el cuerpo hilando lana noche y día para que por lo menos haya una lámpara encendida en nuestro cartucho. ¡Cuánto más feliz que yo es mi vecina Dafne, que está revolcándose con sus amantes desde por la mañana, ahíta de comer y de vino puro!

El marido, desconcertado ante estas razones, dijo:

-Pero, ¿a qué viene esto? Porque, aunque nuestro encargado nos ha dado vacaciones para atender un asunto en el foro, me he ocupado de nuestra cena de hoy. ¿Puedes mirar, por favor, qué espacio tan grande ocupa inútilmente esa tinaja que siempre está vacía y que en realidad o sirve para nada más que para estorbar nuestros movimientos?: pues yo se la he vendido a uno por cinco denarios y ya mismo va a estar aquí para llevarse su compra en cuanto entregue su precio. Así que, ¿por qué no te ciñes bien el vestido y me echas una mano un rato para que pueda entregársela directamente al comprador ya desenterrada?

La mujer, con una treta improvisada ante esta situación, soltó una carcajada desvergonzada y dijo:

-¡Qué gran hombre encontré contigo y qué sagaz comerciante, que has vendido por menos dinero una cosa por la que yo, una mujer sin salir de casa, he obtenido ya hace tiempo siete denarios!

Contento con el aumento del precio, dijo el marido:

-¿Y quién es el que la ha comprado por tanto dinero?

-Hace un rato, estúpido –le contestó ella- , que bajó a la tinaja para comprobar bien su solidez.

No traicionó aquellas palabras de la mujer, sino que, levantándose decididamente, dijo:

-¿Quieres saber la verdad, señora? Esta tinaja tuya está muy vieja y cuarteada de grietas muy anchas por muchos sitios.

Y haciéndose el disimulado, se volvió al marido para decirle:

-Y tú, buen hombre, quienquiera que seas, ¿por qué no me preparas rápidamente una lámpara para que, en cuanto haya raspado la suciedad que tiene dentro, pueda apreciar

claramente si está aprovechable para su uso? A no ser claro, que creas que he conseguido el dinero por medio ilícitos.

Y sin tardar ni sospechar nada, aquel sagaz y extraordinario marido, después de encender la lámpara le dijo:

-Retírate, hermano, y quédate aquí sin hacer nada hasta que te la presente convenientemente reparada.

Y diciendo esto, se desnuda y, bajando la lámpara a la tinaja, empieza a rascar la costra y antigua del tiesto deteriorado. En cambio, el amante, aquel lindo muchachito, mientras que la esposa del artesano estaba encorvada asomada a la tinaja, se inclina sobre ella y se pone a cepillársela con toda confianza. Entretanto ella, con la cabeza metida en la tinaja, se burlaba de su marido con picardía de ramera: le va mostrando con el dedo un sitio y otro y de nuevo otro para que lo limpie, hasta, al acabar ambos trabajos y después de recibir los siete denarios, aquel desdichado artesano recibió el encargo de transportar la tinaja hasta la casa del amante cargándola sobre sus hombros.

Libro IX *Las Metamorfosis o El asno de oro. Relato del molinero (22-27).*

Hactenus adhuc anicula garriente suscipit mulier: 'beatam illam, quae tam constantis sodalis libertate fruitur! At ego misella molae etiam sonum et ecce illius scabiosi asini faciem timentem familiarem incidi.'

Ad haec anus: 'iam tibi ego probre suasum et confirmatum animi amatorem illum alacrem uadimonium sistam' et insuper conducta uespertina regressione cubiculo facessit.

At pudica uxor statim cenas saliares comparat. uina pretiosa defaecat, pulmenta recentia tucetis temperat. mensa largiter instructa denique, ut dei cuiusdam aduentus, sic expectatur adulteri. nam et opportune maritus foris apud naccam proximum cenitabat. ergo igitur meridie propinquante helcio tandem absolutus refectuique secure redditus non tam hercules laboris libertatem gratulabar quam quod reuelatis luminibus liber etiam cunctas facinorosae mulieris artes prospectare poteram. sol ipsum quidem delapsus Oceanum subterrenas orbis plagas inluminabat et ecce nequissimae anus adhaerens lateri temerarius adulter aduentat, puer admodum et adhuc lubrico genarum

splendore conspicuus, adhuc adulteros ipse delectans. hunc multis admodum sauiis exceptum mulier cenam iubet paratam adcumbere.

Sed ut primum occursoriam potionem et inchoatum gustum extremis labiis contingebat adulescens, multo celerius opinione rediens maritus aduentat. tunc uxor egregia diras deuotiones in eum deprecata et crurum eius fragium abominata exsanguis formidine trepidantem adulterum alueo ligneo, quo frumenta confusa purgari consuerant, temere propter iacenti suppositum abscondit, ingenitaque astutia dissimulato tanto flagitio, intrepidum mentita uultum percontatur de marito cur utique contubernalis artissimi deserta cenula praematurus adforet. at ille dolenti prorsus animo suspirans adsidue:

‘Nefarium’, inquit, ‘et extremum facinus perditae feminae tolerare nequens fuga me proripui. hem qualis, dii boni, matrona, quam fida quamque sobria turpissimo se dedecore foedauit! iuro per istam ego sanctam Cererem me nunc etiam meis oculis de tali muliere minus credere.’

His instincta uerbis mariti audacissima uxor noscendae rei cupiens non cessat optundere totam prorsus a principio fabulam promeret. nec destitit, donec eius uoluntati succubuit maritus et sic, ignarus suorum, domus alienae percenset infortunium:

‘Contubernalis mei fullonis uxor, alioquin seruati pudoris ut uidebatur femina, quae semper secundo rumore gloriosa larem mariti pudice gubernabat, occulta libidine prorumpit in adulterum quempiam. cumque furtiuos amplexus obiret adsidue, ipso illo denique momento, quo nos lauti cenam petebamus, cum eodem illo iuuenis miscebatur in | uenerem. ergo nostra repente turbata praesentia, subitario ducta consilio eundem illum subiectum contegit uimine cauea, quae fustium flexu tereti in rectum aggerata cumulum lacinias circumdatas suffusa candido fumo sulphuris inalbabat, eoque iam, ut sibi uidebatur, tutissime celato mensam nobiscum secunda participat.

Interdum acerrimo grauique odore sulphuris iuuenis inescatus atque obnubilatus intercluso spiritu diffluebat, utque est ingenium uiuacis metalli, crebras ei sternutationes commouebat. atque ut primum e regione mulieris pone tergum eius maritus acceperat sonum sternutationis –quod enim putaret ab ea profectum- solito sermone salutem ei fuerat imprecatus et iterato rursus et frequentato saepius, donec rei nimietate commotus quod res erat tandem suspicatur. et impulsa mensa protenus

remotaque cauea producit hominem crebros anhelitus aegre reflantem inflammatusque indignatione contumeliae gladium flagitans iugulare moriturum gestiebat, ni respecto communi periculo uix eum ab impetu furioso cohibuissem adseuerans breui absque noxa nostri suapte inimicum eius uiolentia sulphuris periturum. nec suadela mea sed ipsius rei necessitate lenitus, quippe iam semiuiuum, illum in proximum deportat angiportum. tum uxorem eius tacite suasi ac denique persuasi secederet paululum atque ultra limen tabernae ad quampiam tantisper familiarem sibi mulierem, quoad spatio feruens mariti sedaretur animus, qui tanto calore tantaque rabie percussus non erat dubius aliquid etiam de se suaque coniuge tristius profecto cogitare. talium contubernalis epularum taedio fugatus larem reueni meum.'

Haec recensente pistore iam dudum procax et temeraria mulier uerbis execrantibus fullonis illius detestabatur uxorem : illam perfidam, illam impudicam, denique uniuersi sexus grande dedecus, quae suo pudore postposito torique genialis calcato foedere larem mariti lupanari maculasset infamia iamque perdita nuptae dignitate prostituae sibi nomen adsciuerit; addebat et talis oportere uiuas exuri feminas. et tamen taciti uulneris et suae sordidae conscientiae commonita, quo maturius stupratorem suum tegminis cruciatu liberaret, identidem suadebat maritum temperius quieti decedere. at ille utpote intercepta cena profugus et prorsus ieiunus, mensam potius comiter postulabat. adponebat ei propere, quamuis inuita, mulier quippini destinata alii. sed mihi penita carpebantur praecordia et praecedens facinus et praesentem deterrimae feminae constantiam cogitanti mecumque sedulo deliberabam, si quo modo possem detectis ac reuelatis fraudibus auxilium meo perhibere domino illumque, qui ad instar testudinis alueum succubabat, depulso tegmine cunctis palam facere.

Sic erili contumelia me cruciatum tandem caelestis respexit prouidentia. nam senex claudus, cui nostra tutela permissa fuerat, uniuersa nos iumenta id hora iam postulante ad lacum proximum bibendi causa gregatim prominabat. quae res optatissimam mihi uindictae subministravit occasionem. namque praetergrediens obseruatos extremos adulteri digitos, qui per angustias caui tegminis prominebant, obliquata atque infesta ungula compressos usque ad summam minutiem contero, donec intolerabili dolore commotus sublato flebili clamore repulsoque et abiecto alueo conspectui profano redditus scaenam propudiosae mulieris patefecit.

Nec tamen pistor damno pudicitiae magnopere commotus exsanguis pallore trepidantem puerum serena / fronte et propitiata facie commulcens incipit: 'nihil triste de me tibi, fili, metuas. non sum barbarus nec agresti morum squalore praeditus nec ad exemplum naccinae truculentiae sulphuris te letali fumo necabo ac ne iuris quidem seueritate lege de adulteriis ad discrimen uocabo capitis tam uenustum tamque pulchellum puellum sed plane cum uxore mea partiario tractabo. nec herciscundae familiae sed communi diuidendo formula dimicabo, ut sine ulla controuersia uel dissensione tribus nobis in uno conueniat lectulo. nam et ipse semper cum mea coniuge tam concorditer uixi, ut ex secta prudentium eadem nobis ambobus placerent. sed nec aequitas ipsa patitur habere plus auctoritatis uxorem quam maritum.'

Talis sermonis blanditiae cauillatum deducebat ad torum nolentem puerum, sequentem tamen; et pudicissima illa uxore alterorsus disclusa solus ipse cum puero cubans gratissima corruptarum nuptiarum uindicta perfruebatur. sed cum primum rota solis lucida diem peperit, uocatis duobus e familia ualidissimis, quam altissime sublato puero ferula nates eius obuerberans, 'tu autem', inquit, 'tam mollis ac tener et admodum puer defraudatis amatoribus aetatis tuae flore mulieres adpetis atque eas liberas et conubia lege sociata conrumpis et intempestiuum tibi nomen adulter uindicas.'

His et pluribus uerbis compellatum et insuper adfatim plagis castigatum forinsecus abicit. at ille adulterorum omnium fortissimus insperata potitus salute, tamen nates candidas illas noctu diuque dirruptus maerens profugit. nec setius pistor ille nuntium remisit uxori eamque protinus de sua proturbauit domo.

Mientras todavía seguía parloteando sin parar la viejecilla, toma la palabra la mujer:

¡Qué afortunada es ella, que puede disfrutar de la desenvoltura de un compañero tan tenaz! En cambio, a mí, desgraciada, me cayó en suerte un amigo que tiene miedo incluso del ruido del molino y, fíjate, hasta de la cara de ese burro sarnosos.

A esto le dijo la vieja:

-Pues yo te garantizo desde este momento que comparecerá ante ti ese amante resuelto, una vez que yo lo haya acabado de convencer y animar.

Y después de establecer su retorno para la tarde, abandona el dormitorio.

La recatada esposa, por su parte, prepara inmediatamente una cena digna de los salios: retira los posos de unos vinos exquisitos, aliña carne fresca picada con otras en conserva; en resumen, con aquella mesa suntuosamente dispuesta espera la llegada del amante como la de un dios. Y es que daba la casualidad de que el marido cenaba fuera, en casa de un batanero vecino. Así pues, cuando, al aproximarse la tarde, me vi por fin desenganchado de los arreos y me permitieron dedicarme a reponer fuerzas con tranquilidad, no me alegraba tanto, por Hércules, de estar liberado de las fatigas cuanto de que, como me habían destapado los ojos, también podía escudriñar libremente todas las artimañas de aquella mujer malhechora. El sol, que había caído en el mismísimo océano, iluminaba las regiones del planeta que se encuentran bajo la tierra cuando he aquí que llega el arrojado galán pegado al costado de la perversa vieja: era bastante niño, como dejaba claro el brillo de sus mejillas, todavía lisas, y todavía era capaz él mismo de hacer las delicias de los adúlteros. Después de recibirlo con infinidad de besos, le ordena la mujer que se recueste a la mesa para la cena que tenía preparada.

Pero en cuanto el joven había rozado apenas con la punta de los labios la copa inicial y los primeros aperitivos, llega el marido, que vuelve mucho antes de lo que se creían. Entonces aquella mujer excepcional, tras lanzar contra él terribles maldiciones y rezar para que se rompiera las piernas, oculta al amante, que temblaba pálido de terror, metiéndolo bajo una artesa de madera en la que acostumbraban a limpiar el grano mezclado y que estaba tirada al lado por descuido. Y disimulando tan vergonzoso acto con su malicia natural, finge una expresión serena y le pregunta al marido por qué se había presentado antes de tiempo abandonando la cena de su íntimo amigo. Y él, que estaba conmocionado, lanzando continuos suspiros, le dice:

-Salí huyendo de allí incapaz de soportar el crimen execrable y tremendo de una partida. ¡Dioses misericordiosos, que una señora de esa clase, tan fiel y tan sobria, se haya envilecido con la más vergonzosa indignidad! Juro por esta sagrada Ceres que todavía no doy crédito a lo que he visto de esa mujer.

Instigada por estas palabras del marido, la atrevidísima esposa, que se desvivía por conocer todo el asunto, no deja de importunarlo para que le desvele la historia en todos sus detalles desde el principio. Y no cejó hasta que su marido accedió a sus deseos y, así, ignorante de sus propias desgracias, pasa a enumerar las de la casa ajena:

-La esposa de mi camarada el batanero, una mujer que, por lo que parecía, había observado en cualquier otra ocasión una conducta decente y que gobernaba honestamente el hogar de su marido gozando siempre de una excelente reputación, se ha arrojado en brazos de una amante llevada por una pasión secreta. Y como se entregaba a sus brazos furtivos constantemente, resulta que, al final, en aquel mismo momento en el que nosotros, después del baño, nos dirigíamos a la cena, estaba teniendo trato carnal con aquel mismo joven. Así que, alarmada por nuestra repentina aparición y dejándose llevar por la primera idea que se le ocurrió, lo esconde metiéndolo bajo una jaula de mimbre construida con varas trenzadas en círculo de tal manera que acabara en una punta recta y sobre la cual, gracias a los blancos vapores de azufre que se expandían por debajo, se blanqueaban unas telas colocadas alrededor. Y una vez que estuvo bien oculto y seguro, según imaginaba ella, comparte confiada con nosotros la mesa.

Entre tanto, el joven comenzaba a desvanecerse sin poder respirar, intoxicado y perturbado por el olor acre e intenso del azufre, que además, como es propio de la naturaleza de este potente elemento, le empezaba a producir estornudos continuos. Cuando al principio su marido oía un ruido de estornudo procedente del sitio donde estaba la mujer, a su espalda, le deseaba salud con la fórmula acostumbrada- puesto que, en efecto, creía que provenía de ella-, y lo mismo al repetirse de nuevo e ir multiplicándose con mayor frecuencia; hasta que, extrañado ante un fenómeno tan excesivo, llega a sospechar por fin de qué se trata. Inmediatamente de un empujón a la mesa y, quitando la jaula, hace salir al hombre, que, entre continuos jadeos, apenas era capaz de exhalar el aire. Encolerizado de indignación ante semejante ofensa, reclamaba una espada y estaba dispuesto a degollar al moribundo, pero, teniendo en cuenta el riesgo que corríamos todos, conseguí a duras penas frenar su furioso impulso, asegurándole que, muy pronto y sin ninguna responsabilidad por nuestra parte, su enemigo iba a morir por sí mismo debido a la violencia del azufre. Y ya un poco más calmado no por mi capacidad de persuasión, sino por la fuerza de los hechos, ya que el joven estaba medio muerto, lo traslada a un callejón próximo. Entonces recomendé discretamente a su esposa y al final la convencí de que permaneciera una temporada apartada y desde luego lejos de su establecimiento, en casa de alguna amiga, en tanto se tranquilizaba con el tiempo el ánimo enfurecido de su marido, que, tal como estaba de alterado con una irritación y una rabia tan grandes, no había duda de que estaría pensando seguramente algo todavía más lamentable con respecto a su mujer y a sí

mismo. Así, con el disgusto que tenía por semejante comida en casa de mi amigo, me volví huyendo a mi hogar.

Mientras el panadero narraba todo esto, ya hacía tiempo que su mujer, desvergonzada y temeraria, había empezado a maldecir a la esposa del batanero profiriendo imprecaciones contra ella: esa traidora, indecente, enorme vergüenza, en suma, para todo su sexo, que, al dejar de lado su honestidad y pisotear la alianza de su lecho conyugal, había manchado el hogar de su marido con una deshonor propia de un burdel y que, una vez que había perdido su dignidad de casada, se había hecho acreedora al nombre de prostituta. Añadía, además, que a mujeres de esa clase convenía quemarlas vivas. Sin embargo, recordando su secreta pasión y su sucia conciencia, trataba de convencer una y otra vez al marido de que se retirara a descansar más temprano, para poder liberar cuanto antes a su propio amante del tormento de estar cubierto. Pero él, que había escapado al interrumpirse la cena y estaba completamente en ayunas, más bien le solicitaba amablemente que le pusiera la mesa. La mujer se puso a servírsela apresuradamente, aunque contra su voluntad, puesto que la tenía destinada al otro. En cuanto a mí, me reconcomía en lo más profundo de mi corazón considerando tanto las fechorías anteriores como la obstinación actual de aquella vil mujer y meditaba atentamente si podía de alguna forma prestarle ayuda a mi amo descubriéndole y revelándole sus tretas y poner a la vista de todos al que estaba acostado como una tortuga bajo la artesa, despojándolo de un golpe de su escondite.

Mientras me encontraba así atormentado por la ofensa que infligían a mi dueño, la providencia celestial fijó por fin su atención en mí. Efectivamente, al llegar la hora, un viejo cojo al que habían encargado nuestra protección nos conducía en manada a todas las caballerías a beber en un abrevadero cercano. Esta circunstancia me proporcionó la ocasión de vengarme que tanto ansiaba, puesto que, al pasar al lado, noté que las puntas de los dedos del amante sobresalían de su curvo escondite debido a lo reducido de este y así, con un pisotón de una pezuña que había desviado con perversas intenciones, se los machaqué dejándolos hechos añicos, hasta que, angustiado por aquel dolor inaguantable, lanzó un grito lastimero y se sacudió la artesa y la arrojó fuera de sí. Así, exponiéndose a la vista de los extraños, dejó al descubierto toda la farsa de aquella abyecta mujer.

El panadero, sin embargo, que no parecía demasiado alterado por aquel atentado contra su honor, acaricia al chico, que temblaba pálido de miedo, con la frente serena y expresión tranquila mientras le dice:

-No temas nada desagradable de mí, hijo mío. No soy un bárbaro ni me caracterizo por la rudeza de comportamiento de un labriego, ni te voy a ahogar con el humo mortal del azufre, siguiendo el ejemplo del atroz batanero, y ni siquiera voy a acusar a un chico tan encantador y tan bonito de un crimen penado con la muerte con todo el rigor de derecho y de acuerdo la ley sobre adulterios, sino que te voy a tratar enteramente como una propiedad compartida con mi esposa. Y no voy a entablar un pleito por el procedimiento seguido para dividir una herencia, sino por el de repartir un bien común, de tal manera que nosotros tres quedemos conformes, sin conflictos ni disputas, en un solo lecho. Porque yo he vivido con mi esposa con tanta armonía que siempre, de acuerdo con las enseñanzas de los sabios, hemos tenido los mismo gustos. Pero el principio de igualdad mismo no consiente que la mujer tenga más derecho que el marido.

Mientras se burlaba de él con la dulzura de estas palabras, iba conduciendo a la cama al chico, que, aunque muy a su pesar, lo seguía. Una vez que estuvo aquella honestísima esposa encerrada en otro lugar, se acostó él solo con el chico para disfrutar de una venganza agradabilísima por haber arruinado su matrimonio. Pero en cuanto la brillante rueda del sol dio a luz el nuevo día, llamó a dos de sus servidores más robustos y, después de alzar al chico a la mayor altura posible, empezó a azotarle las nalgas con una vara mientras le decía:

-¡Con que tú, que eres tan delicado, tan tierno y todavía un niño, privas a los amantes de la flor de tu edad y buscas mujeres, mujeres libres además, y arruinas matrimonios contraídos legalmente y te atribuyes una fama de galán que no te corresponde por tus años!

Tras dirigirle estas y otras muchas palabras, además de castigarlo duramente con los golpes, lo echa fuera de su casa. Él, el más valiente de los galanes, aunque se vio dueño de una vida que daba por perdida, huyó de allí, sin embargo, apesadumbrado con sus blancas nalgas destrozadas de noche y de día. El panadero, asimismo, le notificó a su esposa el divorcio y la arrojó inmediatamente de su casa.

ANEXO II

Séptima jornada, novela segunda del *Decamerón* (7.2).

Peronella mette un suo amante in un doglio, tornando il marito a casa; il quale avendo il marito venduto, ella dice che venduto l'ha ad uno che dentro v'è a vedere se saldo gli pare. Il quale saltatone fuori, il fa radere al marito, e poi portarsenelo a casa sua.

Con grandissime risa fu la novella d'Emilia ascoltata e l'orazione per buona e per santa commendata da tutti; la quale al suo fine venuta essendo, comandò il re a Filostrato che seguitasse, il quale incominciò. Carissime donne mie, elle son tante le beffe che gli uomini vi fanno, e specialmente i mariti, che, quando alcuna volta avviene che donna niuna alcuna al marito ne faccia, voi non dovrete solamente esser contente che ciò fosse avvenuto o di risaperlo o d'udirlo dire ad alcuno, ma il dovrete voi medesime andare dicendo per tutto, acciò che per gli uomini si conosca che, se essi sanno, e le donne d'altra parte anche sanno: il che altro che utile essere non vi può; per ciò che, quando alcun sa che altri sappia, egli non si mette troppo leggiermente a volerlo ingannare. Chi dubita dunque che ciò che oggi intorno a questa materia diremo, essendo risaputo dagli uomini, non fosse lor grandissima cagione di raffrenamento al beffarvi, conoscendo che voi similmente, volendo, ne sapreste fare? E' adunque mia intenzion di dirvi ciò che una giovinetta, quantunque di bassa condizione fosse, quasi in un momento di tempo, per salvezza di sé al marito facesse. Egli non è ancora guari che in Napoli un povero uomo prese per moglie una bella e vaga giovinetta chiamata Peronella, ed esso con l'arte sua, che era muratore, ed ella filando, guadagnando assai sottilmente, la lor vita reggevano come potevano il meglio. Avvenne che un giovane de' leggiadri, veggendo un giorno questa Peronella e piacendogli molto, s'innamorò di lei, e tanto in un modo e in uno altro la sollicitò, che con esso lei si dimesticò. E a potere essere insieme presero tra sé questo ordine: che, con ciò fosse cosa che il marito di lei si levasse ogni mattina per tempo per andare a lavorare o a trovar lavorio, che il giovane fosse in parte che uscir lo vedesse fuori; ed essendo la contrada, che Avorio si chiama, molto solitaria, dove stava, uscito lui, egli in casa di lei se n'entrasse; e così molte volte fecero. Ma pur tra l'altre avvenne una mattina che, essendo il buono uomo fuori uscito, e Giannello Scignario, ché così aveva nome il giovane, entratogli in casa e standosi con Peronella, dopo alquanto, dove in tutto il dì tornar non soleva, a casa se ne tornò, e trovato l'uscio serrato dentro, picchiò, e dopo il picchiare cominciò seco a

dire: - O Iddio, lodato sia tu sempre; ché, benché tu m'abbi fatto povero, almeno m'hai tu consolato di buona e onesta giovane di moglie. Vedi come ella tosto serrò l'uscio dentro, come io ci uscii, acciò che alcuna persona entrar non ci potesse che noia le desse . Peronella, sentito il marito, ché al modo del picchiare il conobbe, disse: - Ohimè, Giannel mio, io son morta, ché ecco il marito mio, che tristo il faccia Iddio, che ci tornò, e non so che questo si voglia dire, ché egli non ci tornò mai più a questa otta; forse che ti vide egli quando tu c'entrasti. Ma, per l'amore di Dio, come che il fatto sia, entra in cotesto doglio che tu vedi costì, e io gli andrò ad aprire, e veggiamo quello che questo vuol dire di tornare

stamane così tosto a casa. Giannello prestamente entrò nel doglio, e Peronella andata all'uscio aprì al marito, e con un malviso disse: - Ora questa che novella è, che tu così tosto torni a casa stamane? Per quello che mi paia vedere, tu non vuogli oggi far nulla, ché io ti veggio tornare co'ferri tuoi in mano; e, se tu fai così, di che viverem noi? Onde avrem noi del pane? Credi tu che io sofferi che tu m'impegno la gonnelluccia e gli altri miei pannicelli? che non fo il dì e la notte altro che filare, tanto che la carne mi s'è spiccata dall'unghia, per potere almeno aver tanto olio che n'arda la nostra lucerna. Marito, marito, egli non ci ha vicina che non se ne maravigli e che non facci beffe di me di tanta fatica quanta è quella che io duro; e tu mi torni a casa con le mani spenzolate, quando tu dovresti esser a lavorare. E così detto, incominciò a piagnere e a dir da capo: - Ohimè, lassa me, dolente me, in che mal'ora nacqui, in che mal punto ci venni! ché avrei potuto avere un giovane così da bene e nol volli, per venire a costui che non pensa cui egli s'ha recata a casa. L'altre si danno buon tempo con gli amanti loro, e non ce n'ha niuna che non n'abbia chi due e chi tre, e godono e mostrano a'mariti la luna per lo sole; e io, misera me!, perché son buona e non attendo a così fatte novelle, ho male e mala ventura; io non so perché io non mi pigli di questi amanti come fanno l'altre. Intendi sanamente, marito mio, che se io volessi far male, io troverrei ben con cui, ché egli ci son de'ben leggiadri che m'amano e voglionmi bene e hannomi mandato proferendo di molti denari, o voglionmi bene e hannomi mandato proferendo di molti denari, o voglio io robe o gioie, né mai mel sofferse il cuore, per ciò che io non fui figliuola di donna da ciò; e tu mi torni a casa quando tu dei essere a lavorare. Disse il marito: - Deh donna, non ti dar malinconia, per Dio; tu dei credere che io conosco chi tu se', e pure stamane me ne sono in parte avveduto. Egli è il vero ch'io andai per lavorare, ma egli mostra che tu nol sappi, come io medesimo nol sapeva: egli è oggi la

festa di santo Galeone, e non si lavora, e per ciò mi sono tornato a questa ora a casa; ma io ho nondimeno provveduto e trovato modo che noi avremo del pane per più d'un mese, ché io ho venduto a costui che tu vedi qui con me co il doglio, il quale tu sai che, già è cotanto, ha tenuta la casa impacciata, e dammene cinque gigliati. Disse allora Peronella: - E tutto questo è del dolor mio: tu che se'uomo e vai attorno, e dovresti sapere delle cose del mondo, hai venduto un doglio cinque gigliati, il quale io feminella che non fu'mai appena fuor dell'uscio, veggendo lo 'mpaccio che in casa ci dava, l'ho venduto sette ad un buono uomo, il quale, come tu qui tornasti, v'entrò dentro per vedere se saldo era. Quando il marito udì questo, fu più che contento, e disse a colui che venuto era per esso: - Buon uomo, vatti con Dio; ché tu odi che mia moglie l'ha venduto sette, dove tu non me ne davi altro che cinque. Il buono uomo disse: - In buona ora sia - ; e andossene. E Peronella disse al marito: - Vien su tu, poscia che tu ci se', e vedi con lui insieme i fatti nostri. Giannello, il quale stava con gli orecchi levati per vedere se di nulla gli bisognasse temere o provvedersi, udite le parole di Peronella, prestamente si gittò fuor del doglio, e quasi niente sentito avesse della tornata del marito, cominciò a dire: - Dove se', buona donna? Al quale il marito, che già veniva, disse: - Eccomi, che domandi tu? Disse Giannello: - Qual se'tu? Io vorrei la donna con la quale io feci il mercato di questo doglio. Disse il buono uomo:

- Fate sicuramente meco, ché io son suo marito. Disse allora Giannello: - Il doglio mi par ben saldo, ma egli mi pare che voi ci abbiate tenuta entro feccia, ché egli è tutto impiasticciato di non so che cosa sì secca, che io non ne posso levar con l'unghie, e però nol torrei se io nol vedessi prima netto. Disse allora Peronella: - No, per quello non rimarrà il mercato; mio marito il netterà tutto. E il marito disse: - Sì bene - ; e posti giù i ferri suoi, e ispogliatosi in camicione, si fece accendere un lume e dare una radimadia, e fuvvi entrato dentro e cominciò a radere. E Peronella, quasi veder volesse ciò che facesse, messo il capo per la bocca del doglio, che molto grande non era, e oltre a questo l'un de'bracci con tutta la spalla, cominciò a dire: - Radi quivi, e quivi, e anche colà - ; e: - Vedine qui rimaso un micolino. E mentre che così stava e al marito insegnava e ricordava, Giannello, il quale appieno non aveva quella mattina il suo desiderio ancor fornito quando il marito venne, veggendo che come volea non potea, s'argomentò di fornirlo come potesse; e a lei accostatosi, che tutta chiusa teneva la bocca del doglio, e in quella guisa che negli ampi campi gli sfrenati cavalli e d'amor caldi le cavalle di Partia assaliscono, ad effetto recò il giovinil desiderio, il quale quasi

in un medesimo punto ebbe perfezione e fu raso il doglio, ed egli scostatosi, e la Peronella tratto il capo del doglio, e il marito uscitone fuori. Per che Peronella disse a Giannello: - Te'questo lume, buono uomo, e guata se egli è netto a tuo modo. Giannello, guardatovi dentro, disse che stava bene, e che egli era contento; e datigli sette gigliati, a casa sel fece portare.

DE CÓMO PERONELA ESCONDIÓ A SU ENAMORADO EN LA TINAJA; Y DE LO QUE DESPUÉS ACAECIÓ

<< No mucho tiempo ha pasado que en Nápoles un pobre hombre tomó por mujer a una bella y avisada mocita llamada Peronela, y él con su oficio, que era el de albañil, y ella hilando un poco ganando, ambos regían su vida cuanto mejor podían.

Y aconteció que un apuesto mozo, viendo un día a esa Peronela y placiéndole mucho, de ella se enamoró, y tanto con ella hizo que entre ellos hubo gran privanza; y para poder estar juntos tal manera tuvieron; que, como fuese que su marido de ella temprano se levantaba para andar cada mañana a trabajar o a encontrar quien le diese trabajo, el mozo estuviese en parte tal que viese cuando el marido salía, y siendo aquel barrio donde la casa estaba muy solitario, él salido, el mozo entrase. Y así lo hicieron muchas veces.

Mas una mañana aconteció que, habiendo ya salido el buen hombre y entrado Janelo Estrinariano, que así el mozo se llamaba, y estando él con Peronela, al cabo de un rato, el marido, que en todo el día no solía a su casa tornar, a ella tornó, y hallando la puerta cerrada por dentro, llamó, y después de haber llamado comenzó a decir consigo: “¡Oh Dios, loado siempre tú seas! Que puesto que tú me hayas hecho pobre, a lo menos de esto me has consolado, de tener yo una buena y honesta moza por mujer. ¡Cata cómo ella la puerta por dentro cerró cuando yo hube salido, para que nadie en casa pudiese entrar a darle enojo!”

Peronela, oyendo al marido (que en el modo de llamar lo conoció) dijo:

“¡Ay, Janelo mío, muerta soy! Que he aquí a mi marido (¡Dios le dé mal año!) que tornado es, y no sé esto qué querrá decir, porque él no parece nunca a esta hora. ¿No será que te haya visto entrar? Mas, ¡por el amor de Dios!, sea ello lo que fuere, métete en esta gran tinaja que ahí ves, y yo iréle a abrir, y veremos qué quiere decir que sea tan pronto tornado a casa, esta mañana.”

Janelo muy aína en la tinaja se hubo metido, y Peronela, yendo a la puerta, abrió a su marido y, poniéndole mala cara, le dijo:

“¿Qué novedad es esta, que tornado seas tan pronto esta mañana? Por lo que me parece ver, no quieres hoy hacer nada, ya que veo que tornas con tus herramientas en la mano, y si tal haces, ¿de qué viviremos nosotros? ¿De dónde sacaremos el pan? ¿Crees tú, que yo sufra que me empeñes mi falda buena, y mis ropas? Que yo no hago otra cosa, el día y la noche, sino hilar, tanto, que se me ha desencarnado la uña, para, a lo menos, poder tener aceite para que tengamos encendida nuestra lámpara. ¡Ay, marido! No hay vecina que de ello no se maraville, y no haga de mí burlas, viendo lo que aguanto; y tú me tornas con las manos caídas, cuando trabajando debieras estar.”

Y dicho esto, comenzó a llorar y a quejarse, así, de nuevo:

“¡Ay, desgraciada y triste de mí, y en mala hora nacida! Que pudiendo yo casar con mozo acaudalado no lo hice por casar con éste, que no piensa en la mujer que trajo a su casa. Las otras se dan buena vida con sus amantes, no las hay, ni una, que no tenga dos o tres de ellos, y se gozan en dar a entender a sus maridos que la luna es el sol, y yo (¡infeliz!), porque buena soy y en tales cosas ni pienso, he mal y mala ventura; que yo no sé por qué tan boba seré que no tome de tales amantes, como las otras hacen. Entiende bien lo que te digo, marido mío, que si yo quisiese obrar mal, no dejaría de encontrar con quién, que los hay bien apuestos que me solicitan y me quieren bien y hanme hecho saber que dispuestos están a darme muchos dineros o, si quiero, ropas o joyas, y jamás tuve corazón, porque no soy hija de tal mujer para hacer esto, y tú te me tornas a casa cuando no debieras estar sino trabajando.”

Dijo el marido:

“¡No te pongas así, mujer, por Dios! Que tú creer debes que yo conozco quién eres, y esta mañana bien lo he visto; la verdad es que yo de aquí me partí para ir a trabajar, pero tú no sabes, como yo tampoco lo sabía, que es hoy la fiesta de San Gereón, y en tal día no se trabaja, y por esto heme tornado en aquesta hora a casa; pero ya he yo tanto hecho, que he hallado cómo nosotros tengamos pan para más de un mes, porque he aquí que he vendido, a aquel que tú allí puedes ver que conmigo viene, aquella tinaja que, como tú sabes, tan grande es que toda la casa nos empacha, y por ella me da cinco florines.”

Dijo entonces Peronela:

“Pues, todo esto viene a acrecer mi dolor; porque tú, que eres hombre y por el mundo vas, y debieras saber lo que valen las cosas, has vendido una tinaja en cinco florines, la cual yo, pobre mujer, que casi nunca salí fuera de nuestra puerta, viendo el empacho que en casa nos daba, la acabo de vender por siete a un buen hombre, el cual, ahora, cuando tú viniste, dentro de ella se había metido para ver si estaba sana.”

Oyendo esto el marido, estuvo más que contento, y dijo a aquel que con él por esto viniera:

“Buen hombre, ve con Dios; que ya oyes, tú, que mi mujer la ha vendido por siete florines, cuando tú no me dabas sino cinco.”

El hombre dijo:

“En buena hora”, y se fue.

Y Peronela dijo a su marido:

“Ve, tú, pues que aquí estás, y con él trata de lo nuestro.”

Janelo, que estaba con las orejas bien derechas, atendiendo si necesario le sería temer o apercibirse para su defensa, oídas que hubo las palabras de Peronela, muy presto salió fuera de la tinaja, y como si nada hubiese sentido del retorno del marido en casa, comenzó a decir:

“¿Dónde estás, buena mujer?”

Y el marido, yendo allí, le dijo:

“Aquí estoy yo, ¿qué se te ofrece?”

Díjole Janelo:

“¿Quién eres, tú? Yo pido por la mujer con la cual hice el trato de la tinaja.”

Y le dijo el buen hombre:

“Trata sin miedo alguno conmigo, que su marido soy.”

Dijo entonces Janelo:

“La tinaja paréceme sana; pero no parece sino que en ella habéis tenido heces, porque está toda embadurnada de no sé qué cosa ya seca, que yo no he podido sacar con mis uñas. No la tomaría, yo, salvo que no la haya visto, antes, limpia.”

Dijo entonces Peronela:

“Que por esto el trato no se rompa; mi marido bien limpia la dejará.”

Y el marido dijo:

“Así lo haré.”

Y dejando en tierra sus herramientas, desnudóse el camión, y haciendo encender una lumbre y que le diesen una raedera, cuando se hubo metido dentro, comenzó la tinaja a raspar.

Y Peronela, como si ver quisiese lo que él allí hacía, metiendo la cabeza en la boca de la tinaja, que muy ancha no era, y allende de esto, un brazo y todo el hombro, comenzó a decir: “Raspa por aquí, y por aquí; y todavía por allá.” Y: “Mira, allí ha quedado, todavía, un poquitín por raspar.”

Y mientras ella así estaba, enseñando al marido por dónde raspar debía, Janelo, que aquella mañana no había aún satisfecho plenamente su deseo, cuando el marido vino, viendo que no lo podía satisfacer como hubiera querido, se ingenió de haberlo satisfecho como pudiese y acercándose a la mujer, la cual ocupaba toda la boca de la tinaja, en tal guisa como en las anchas llanuras los caballos sin freno saltan, cálidos de amor, las yeguas de Partia, a efecto llevó sus juveniles deseos, los cuales satisfizo por completo en el momento mismo en que, con toda perfección, quedó la tinaja bien raspada; con que sacando Peronela la cabeza de la boca y él apartándose un tanto, el marido de la tinaja salió.

Por lo cual Peronela dijo a Janelo:

“Toma esta lumbre, buen hombre, y cata si ella quedó limpia a tu gusto.”

Janelo, mirando dentro, dijo que bien estaba y que contento había quedado; y dando los siete florines, a su casa se la hizo llevar. >>

Quinta jornada, novela décima del Decamerón (5.10).

Pietro di Vinciolo va a cenare altrove; la donna sua si fa venire un garzone; torna Pietro; ella il nasconde sotto una cesta da polli; Pietro dice essere stato trovato in casa d'Ercolano, con cui cenava, un giovane messovi dalla moglie; la donna biasima la moglie d'Ercolano; uno asino per isciagura pon piede in su le dita di colui che era sotto la cesta; egli grida; Pietro corre là, vedelo cognosce lo 'nganno della moglie con la quale ultimamente rimane in concordia per la sua tristezza.

Il ragionare della reina era al suo fine venuto, essendo lodato da tutti Iddio che degnamente avea guiderdonato Federigo, quando Dioneo, che mai comandamento non aspettava, incominciò. Io non so s'io mi dica che sia accidental vizio e per malvagità di costumi né mortali sopravvenuto, o se pure è della natura peccato, il rider più tosto delle cattive cose che delle buone opere, e specialmente quando quelle cotali a noi non pertengono. E per ciò che la fatica, la quale altra volta ho impresa e ora son per pigliare, a niuno altro fine riguarda se non a dovervi torre malinconia, e riso e allegrezza porgervi, quantunque la materia della mia seguente novella, innamorate giovani, sia in parte meno che onesta, però che diletto può porgere, ve la pur dirò; e voi, ascoltandola, quello ne fate che usate siete di fare quando né giardini entrate, che, distesa la dilicata mano, cogliete le rose e lasciate le spine stare; il che farete, lasciando il cattivo uomo con la mala ventura stare con la sua disonestà, e liete riderete degli amorosi inganni della sua donna, compassione avendo all'altrui sciagure, dove bisogna. Fu in Perugia, non è ancora molto tempo passato, un ricco uomo chiamato Pietro di Vinciolo, il quale, forse più per ingannare altrui e diminuire la generale opinion di lui avuta da tutti i perugini, che per vaghezza che egli n'avesse, prese moglie; e fu la fortuna conforme al suo appetito in questo modo, che la moglie la quale egli prese era un giovane compressa, di pelo rosso e accesa, la quale due mariti più tosto che uno avrebbe voluti, là dove ella s'avvenne a uno che molto più ad altro che a lei l'animo avea disposto. Il che ella in processo di tempo conoscendo, e veggendosi bella e fresca, e sentendosi gagliarda e poderosa, prima se ne cominciò forte a turbare e ad averne col marito di sconce parole alcuna volta, e quasi continuo mala vita; poi, veggendo che questo, suo consumamento più tosto che ammendamento della cattività del marito potrebbe essere, seco stessa disse: - Questo dolente abbandona me, per volere con le sue disonestà andare in zoccoli per l'asciutto, e io m'ingegnerò di portare altrui in nave per lo piovoso. Io il presi per marito e diedigli grande e buona dota,

sapendo che egli era uomo e credendol vago di quello che sono e deono esser vaghi gli uomini; e se io non avessi creduto ch'è fosse stato uomo, io non lo avrei mai preso. Egli che sapeva che io era femina, perché per moglie mi prendeva se le femine contro all'animo gli erano? Questo non è da sofferire. Se io non avessi voluto essere al mondo, io mi sarei fatta monaca; e volendoci essere, come io voglio e sono, se io aspetterò diletto o piacere di costui, io potrò per avventura invano aspettando invecchiare, e quando io sarò vecchia, ravvedendomi, indarno mi dorrò d'aver la mia giovinezza perduta, alla qual dover consolare m'è egli assai buono maestro e dimostratore in farmi dilettere di quello che egli si diletta; il qual diletto fia a me laudevole, dove biasimevole è forte a lui; io offenderò le leggi sole, dove egli offende le leggi e la natura -. Avendo adunque la buona donna così fatto pensiero avuto, e forse più d'una volta, per dare segretamente a ciò effetto, si dimesticò con una vecchia, che pareva pur santa Verdiana che dà beccare alle serpi; la quale sempre co'paternostri in mano andava ad ogni perdonanza, né mai d'altro che della vita de'Santi Padri ragionava e delle piaghe di san Francesco, e quasi da tutti era tenuta una santa. E quando tempo le parve, l'aperse la sua intenzion compiutamente; a cui la vecchia disse: - Figliuola mia, sallo Iddio che sa tutte le cose, che tu molto ben fai; e quando per niuna altra cosa il facessi, sì 'I dovresti far tu e ciascuna giovane per non perdere il tempo della vostra giovinezza, perciò che niun dolore è pari a quello, a chi conoscimento ha, che è d'aver il tempo perduto. E da che diavol siam noi poi, quando noi siam vecchie, se non da guardare la cenere intorno al focolare? Se niuna il sa o ne può rendere testimonianza, io sono una di quelle; che ora che vecchia sono, non senza grandissime e amare punture d'animo conosco, e senza pro, il tempo che andar lasciai; e benché io nol perdessi tutto (ché non vorrei che tu credessi che io fossi stata una milensa), io pur non feci ciò che io avrei potuto fare; di che quand'io mi ricordo, veggendomi fatta come tu mi vedi, che non troverrei chi mi desse fuoco a cencio, Dio il sa che dolore io sento. Degli uomini non avvien così: essi nascon buoni a mille cose, non pure a questa, e la maggior

parte sono da molto più vecchi che giovani; ma le femine a niuna altra cosa che a far questo e figliuoli ci nascono, e per questo son tenute care. E se tu non te ne avvedessi ad altro, sì te ne dei tu avvedere a questo, che noi siam sempre apparecchiate a ciò, che degli uomini non avviene; e oltre a questo una femina stancherebbe molti uomini, dove molti uomini non possono una femina stancare. E per ciò che a questo siam nate, da capo ti dico che tu farai molto bene a rendere al marito tuo pan per focaccia, sì che

l'anima tua non abbia in vecchiezza che rimproverare alle carni. Di questo mondo ha ciascun tanto quanto egli se ne toglie, specialmente le femine, alle quali si conviene troppo più d'adoperare il tempo quando l'hanno, che agli uomini, per ciò che tu puoi vedere, quando c'invicchiamo, né marito né altri ci vuol vedere anzi ci cacciano in cucina a dir delle favole con la gatta, e a noverare le pentole e le scodelle; e peggio, che noi siamo messe in canzone e dicono: - Alle giovani i buon bocconi, e alle vecchie gli stranguglioni -: e altre lor cose assai ancora dicono. E acciò che io non ti tenga più in parole, ti dico infino ad ora che tu non potevi a persona del mondo scoprire l'animo tuo che più utile ti fosse di me; per ciò che egli non è alcun sì forbito, al quale io non ardisca di dire ciò che bisogna, né sì duro o zotico, che io non ammorbida bene e rechilo a ciò che io vorrò. Fa pure che tu mi mostri qual ti piace, e lascia poi fare a me; ma una cosa ti ricordo, figliuola mia, che io ti sia raccomandata, per ciò che io son povera persona, e io voglio infino ad ora che tu sii partefice di tutte le mie perdonanze e di quanti paternostri io dirò, acciò che Iddio gli faccia lume e candela a' morti tuoi-; e fece fine. Rimase adunque la giovane in questa concordia colla vecchia, che se veduto le venisse un giovinetto, il quale per quella contrada molto spesso passava, del quale tutti i segni le disse, che ella sapesse quello che avesse a fare; e datale un pezzo di carne salata, la mandò con Dio. La vecchia, non passar molti dì, occultamente le mise colui, di cui ella detto l'aveva, in camera, e ivi a poco tempo un altro, secondo che alla giovane donna ne venivan piacendo, la quale in cosa che far potesse intorno a ciò, sempre del marito temendo, non ne lasciava a far tratto. Avvenne che, dovendo una sera andare a cena il marito con un suo amico, il quale aveva nome Ercolano, la giovane impose alla vecchia che facesse venire a lei un garzone, che era de' più belli e de' più piacevoli di Perugia; la quale prestamente così fece. Ed essendosi la donna col giovane posti a tavola per cenare, ed ecco Pietro chiamò all'uscio che aperto gli fosse. La donna, questo sentendo, si tenne morta; ma pur volendo, se potuto avesse, celare il giovane, non avendo accorgimento di mandarlo o di farlo nascondere in altra parte, essendo una sua loggetta vicina alla camera nella quale cenavano, sotto una cesta da polli, che v'era, il fece ricoverare, e gittovvi suso un pannaccio d'un saccone che aveva fatto il dì votare; e questo fatto, prestamente fece aprire al marito. Al quale entrato in casa ella disse: - Molto tosto l'avete voi trangugiata questa cena. Pietro rispose: - Non l'abbiam noi assaggiata. - E come è stato così?- disse la donna. Pietro allora disse: - Dirolti: essendo noi già posti a tavola Ercolano e la moglie e io, e noi sentimmo presso di noi starnutire, di che noi né la prima volta né la seconda ce ne curammo; ma quegli

che starnutito avea, starnutendo ancora la terza volta e la quarta e la quinta e molte altre, tutti ci fece maravigliare; di che Ercolano, che alquanto turbato con la moglie per ciò che gran pezza ci avea fatti stare all'uscio senza aprirci, quasi con furia disse: - Questo che vuol dire? Chi è questi che così starnutisce? - e levatosi da tavola andò verso una scala la quale assai vicina v'era, sotto la quale era un chiuso di tavole vicino al piè della scala, da riporvi, chi avesse voluto, alcuna cosa, come tutto di veggiamo che fanno far coloro che le lor case acconciano. E parendogli che di quindi venisse il suono dello starnuto, aperse un usciuolo il qual v'era, e come aperto l'ebbe, subitamente n'uscì fuori il maggior puzzo di solfo del mondo, benché

davanti, essendocene venuto puzzo e rammaricaticene, aveva detto la donna: - Egli è che dianzi io imbiancai miei veli col solfo, e poi la tegghiuzza, sopra la quale sparto l'avea perché il fummo ricevessero, io la misi sotto quella scala, sì che ancora ne viene -. E poi che Ercolano aperto ebbe l'usciuolo e sfogato fu alquanto il puzzo, guardando dentro vide colui il quale starnutito avea e ancora starnutiva, a ciò la forza del solfo strignendolo; e come che egli starnutisse, gli avea già il solfo sì il petto serrato, che poco a stare avea che né starnutito né altro non avrebbe mai. Ercolano, vedutolo, gridò: - Or veggio, donna, quello per che poco avanti, quando ce ne venimmo, tanto tenuti fuor della porta, senza esserci aperto, fummo; ma non abbia io mai cosa che mi piaccia, se io non te ne pago -. Il che la donna udendo, e vedendo che 'l suo peccato era palese, senza alcuna scusa fare, levatasi da tavola si fuggì, né so ove se n'andasse. Ercolano, non accorgendosi che la moglie si fuggia, più volte disse a colui che starnutiva che egli uscisse fuori; ma quegli, che già più non poteva, per cosa che Ercolano dicesse non si movea; laonde Ercolano, presolo per l'uno de' piedi, nel tirò fuori, e correva per un coltello per ucciderlo; ma io, temendo per me medesimo la signoria, levatomi, non lo lasciai uccidere né fargli alcun male, anzi gridando e difendendolo, fui cagione che quivi de' vicini trassero, li quali, preso il già vinto giovane, fuori della casa il portarono non so dove; per le quali cose la nostra cena turbata, io non solamente non la ho trangugiata, anzi non l'ho pure assaggiata, come io dissi. Udendo la donna queste cose, conobbe che egli erano dell'altre così savie come ella fosse, quantunque talvolta sciagura ne cogliesse ad alcuna, e volentieri avrebbe con parole la donna d'Ercolano difesa; ma, per ciò che col biasimare il fallo altrui le parve dovere a'suoi far più libera via, cominciò a dire: - Ecco belle cose; ecco buona e santa donna che costei dee essere; ecco fede d'onesta donna, ché mi sarei confessata da

lei, sì spirital mi pareva! e peggio, che, essendo ella oggimai vecchia, dà molto buono essempro alle giovani. Che maladetta sia l'ora che ella nel mondo venne, ed ella altresì che viver si lascia, perfidissima e rea femina che ella dee essere, universal vergogna e vitupero di tutte le donne di questa terra; la quale, gittata via la sua onestà e la fede promessa al suo marito e l'onor di questo mondo, lui, che è così fatto uomo e così onorevole cittadino, e che così bene la trattava, per un altro uomo non s'è vergognata di vituperare, e sé medesima insieme con lui. Se Dio mi salvi, di così fatte femine non si vorrebbe aver misericordia; elle si vorrebbero occidere; elle si vorrebbon vive vive mettere nel fuoco e farne cenere. Poi, del suo amico ricordandosi, il quale ella sotto la cesta assai presso di quivi aveva, cominciò a confortare Pietro che s'andasse al letto, per ciò che tempo n'era. Pietro, che maggior voglia aveva di mangiare che di dormire, domandava pur se da cena cosa alcuna vi fosse. A cui la donna rispondeva: - Sì, da cena ci ha! Noi siamo molto usate di far da cena, quando tu non ci sé! Sì, che io sono la moglie d'Ercolano! Deh che non vai? Dormi per istasera: quanto farai meglio! Avvenne che, essendo la sera certi lavoratori di Pietro venuti con certe cose dalla villa, e avendo messi gli asini loro, senza dar lor bere, in una stalletta la quale allato alla loggetta era, l'un degli asini che grandissima sete avea, tratto il capo del capestro, era uscito della stalla, e ogni cosa andava fiutando, se forse trovasse dell'acqua; e così andando s'avvenne per me la cesta sotto la quale era il giovinetto. Il quale avendo, per ciò che carpone gli conveniva stare, alquanto le dita dell'una mano stese in terra fuor della cesta, tanta fu la sua ventura, o sciagura che vogliam dire, che questo asino ve gli pose su piede; laonde egli, grandissimo dolor sentendo, mise un grande strido. Il quale udendo Pietro si meravigliò, e avvidesì ciò esser dentro alla casa; per che, uscito della camera, e sentendo ancora costui rammaricarsi, non avendogli ancora l'asino levato il piè d'in su le dita, ma premendol tuttavia forte, disse: -Chi è là?- e corso alla cesta, e quella levata, vide il giovinetto, il quale, oltre al dolore avuto delle dita premute dal piè dell'asino, tutto di paura tremava che Pietro alcun male non gli facesse.

Il quale essendo da Pietro riconosciuto, sì come colui a cui Pietro per la sua cattività era andato lungamente dietro, essendo da lui domandato - che fai tu qui? - niente a ciò gli rispose, ma pregollo che per l'amor di Dio non gli dovesse far male. A cui Pietro disse: - Leva su, non dubitare che io alcun mal ti faccia, ma dimmi, come tu sé qui e perché? Il giovinetto gli disse ogni cosa. Il qual Pietro, non meno lieto d'averlo trovato che la sua donna dolente, presolo per mano, con seco nel menò nella camera nella

quale la donna con la maggior paura del mondo l'aspettava; alla quale Pietro postosi a seder dirimpetto disse: - Or tu maladicevi così testé la moglie d'Ercolano e dicevi che arder si vorrebbe e che ella era vergogna di tutte voi: come non dicevi di te medesima? O, se di te dir non volevi, come ti sofferiva l'animo di dir di lei, sentendoti quel medesimo aver fatto che ella fatto avea? Certo niuna altra cosa vi ti induceva, se non che voi siete tutte così fatte, e con l'altrui colpe guatate di ricoprire i vostri falli; che venir possa fuoco da cielo che tutte v'arda, generazion pessima che voi siete. La donna, veggendo che nella prima giunta altro male che di parole fatto non l'avea, e parendole conoscere lui tutto gogolare per ciò che per man tenea un così bel giovinetto, prese cuore e disse: - Io ne son molto certa che tu vorresti che fuoco venisse da cielo che tutte ci ardesse, sì come colui che sé così vago di noi come il can delle mazze; ma alla croce di Dio egli non ti verrà fatto. Ma volentieri farei un poco ragione con essoteco per sapere di che tu ti ramarichi; e certo io starei pur bene se tu alla moglie d'Ercolano mi volessi agguagliare, la quale è una vecchia picchiapetto spigolistra e ha da lui ciò che ella vuole, e tienla cara come si dee tener moglie, il che a me non avviene. Ché, posto che io sia da te ben vestita e ben calzata, tu sai bene come io sto d'altro e quanto tempo egli è che tu non giacesti con meco; e io vorrei innanzi andar con gli stracci in dosso e scalza ed esser ben trattata da te nel letto, che aver tutte queste cose, trattandomi come tu mi tratti. E intendi sanamente, Pietro, che io son femina come l'altre, e ho voglia di quel che l'altre; sì che, perché io me ne procacci, non avendone da te, non è da dirmene male; almeno ti fo io cotanto d'onore, che io non mi pongo né con ragazzi né con tignosi. Pietro s'avvide che le parole non erano per venir meno in tutta notte; per che, come colui che poco di lei si curava, disse: - Or non più, donna; di questo ti contenterò io bene; farai tu gran cortesia di far che noi abbiamo da cena qualche cosa: ché mi pare che questo garzone, altresì ben com'io, non abbia ancor cenato. - Certo no, - disse la donna - che egli non ha ancor cenato, ché quando tu nella tua mala ora venisti, ci ponavam noi a tavola per cenare. - Or va dunque, - disse Pietro - fa che noi ceniamo, e appresso io disporrò di questa cosa in guisa che tu non t'avrai che ramaricare. La donna levata su, udendo il marito contento, prestamente fatta rimetter la tavola, fece venir la cena la quale apparecchiata avea, e insieme col suo cattivo marito e col giovane lietamente cenò. Dopo la cena, quello che Pietro si divisasse a sodisfacimento di tutti e tre, m'è uscito di mente. So io ben cotanto che la mattina vegnente infino in su la piazza fu il giovane, non assai certo qual più stato si fosse la notte o moglie o marito,

accompagnato. Per che così vi vo' dire, donne mie care, che chi te la fa, fagliele; e se tu non puoi, tienloti a mente fin che tu possa, acciò che quale asin dà in parete tal riceva.

DE PEDRO VIRICIOLO, DE PERUSA, EL CUAL SIENDO VICIOSO DE SODOMÍA, SE CASÓ POR DISIMULAR, Y CÓMO SU MUJER LE PUSO LOS CUERNOS

<< En Perusa, no ha mucho tiempo, hubo un hombre rico llamado Pedro de Viriciolo, el cual, acaso más por engañar a los otros y deshacer la opinión que contra él tenían todos los perusinos, que no por mucha voluntad que de ello tuviese, tomó mujer. Y fue la fortuna conforme a su voluntad en esta manera, que la mujer que él tomó era una moza robusta, de pelo bermejo, y encendida, la cual dos maridos más que uno hubiera requerido; y como ella viese que su marido mucho más en otra cosa que no en ella tenía puesta su fantasía, viéndose hermosa y fresca, y sintiéndose dispuesta y poderosa, se comenzó primero a enojar y a tener con el marido muy feas palabras, y cuasi una continua mala vida. Mas después, viendo que aquello podía ser más consumisión de sí misma que enmendación de la ruin vida de su marido, dijo entre sí misma: “Este malaventurado me deja por querer, con sus deshonestos vicios, andar con zuecos por lo enjuto, pero yo me esforzaré de llevar a otro en mi nave por lo llovido; que yo por marido le tomé y dile grande y buena dote creyendo que él era hombre y pensando que se preciase de aquello de que se deben los hombres preciar. Si yo no hubiera creído que él era un hombre, no me hubiera jamás con él casado; y él, que sabía que yo era mujer, ¿para qué me tomó por mujer, si las mujeres no le eran en voluntad? Pero esto no debe ya tolerarse: porque si yo hubiera querido apartarme de mundo, me hubiera sentido monja; y pues yo quiero vivir con deleite y placer, esperando lo que él me pueda dar podrá ser que en vano esperando envejezca. Y cuando yo fuese vieja y me mirase al derredor, grandísimo dolor recibiría viendo mi mocedad perdida, al consuelo de la cual él es muy buen maestro y demostrador, en deleitarse de aquello que él se deleita, el cual deleite será a mí loable donde a él es muy vituperoso; porque yo ofenderé solamente la ley, donde él ofende la ley y la natura.

Habiendo, pues, la buena mujer, hecho esta consideración, y por ventura más de una vez, por dar secretamente afecto a sus pensamientos tomó amistad con una vieja que se parecía a Santa Verdiana, aquella que daba a picar sierpes, la cual mujer andaba siempre con unas cuentas en la mano por todos los jubileos, y jamás de otra cosa que de las

Vidas de los Santos y de las Llagas de San Francisco hablaba, y de todos era por una santa tenida. Y cuando tiempo le pareció, descubrióle su voluntad.

Y la vieja le dijo:

“Hija, Dios, que es sabidor de todas las cosas, sabe que si tú así lo haces, haces bien; y cuando por ninguna otra cosa lo hicieses, lo deberías hacer, tú y cualquier otra moza. Por no perder el tiempo de vuestra mocedad. Porque no hay igual dolor (a quien de ello ha conocimiento) que haber perdido el tiempo en vano. ¿Qué diablo valemos, después que somos viejas y no somos buenas para otra cosa, sino para guardar la ceniza al alrededor del hogar? Si hay alguna que de ello pueda dar fe o testimonio, yo soy una de ellas, que ahora que soy vieja, no sin grandísimas y amargas punzadas conozco, sin que ello nada me valga, cuán desaprovechado fue el tiempo que dejé pasar, y bien que todo no le perdí (que no quisiera yo, tampoco, que creyese que haya sido una estatua), con todo eso, no hice todo cuanto pudiera haber hecho. De lo cual cuando me recuerdo, y me veo en esta manera en que tú me ves (que no hallo quien me encienda la yesca), Dios sabe el dolor que yo siento. Porque de los hombres no es lo que es de las mujeres, ellos nacen y son buenos para mil cosas, y no sólo para ésta, mas las mujeres para ninguna otra cosa nacen y son buenas que para ésta y para que nazcan hijos, y por esto son muy queridas. Y si no lo vieses en otra cosa, en ésta lo verás: que nosotras estamos siempre aparejadas a esto, lo que no hacen los hombres; y además, una mujer cansará a muchos hombres, y muchos hombres no cansarán a una mujer. Y pus que para esto somos nacidas, te vuelvo otra vez a decir que tú harás muy bien en pagar a tu marido pan por hogaza, en tal manera que tu ánima, en la vejez, no desee hacer a su carne reproches. Que de este mundo, tanto ha cada uno como de él saca, especialmente las mujeres, a las cuales mucho más conviene aprovechar el tiempo, cuando lo tuvieren, que no a los hombres; porque tú puedes ver que, cuando envejecemos, ni nuestros maridos ni otros no nos pueden ver, antes nos lanzan a la cocina a decir consejos a la gata y a contar las escudillas y las coberteras. Y aun lo peor es que nos traen en canción diciendo: ‘A las mozas los buenos bocados; y a las viejas, que les nazcan agallas’, y otras muchas cosas feas que dicen. Y para que yo no te tenga más en palabras, concluyendo te digo, que tú no habrías podido a persona del mundo tu corazón descubrir que más provechoso te fuese que a mí. Porque no hay ninguno, por gran señor que sea, que yo no se lo ose decir, lo que fuese menester, ni hay ninguno tan duro y yerto que yo no lo ablande bien y lo traiga, con mis palabras, a aquello que yo quisiere.

Muéstrame, tú, lo que a ti te place, y déjame el cargo a mí. Mas una cosa te recuerdo, hija mía, que yo te sea recomendada; porque yo soy pobre persona y quiero que de aquí adelante tú seas partícipe en todos mis jubileos y en cuantos paternostres dijese, a tal que Dios perdone las ánimas de tus difuntos.” E hizo fin.

Y así quedó la moza con la vieja en esta concordia: que si ella viese un mancebo que muy a menudo por su puerta pasaba, del cual todas las señas le dio, ella supiese lo que hacer debía. Y dado que le hubo una tajada de tocino, la envió con Dios.

No pasaron muchos días que la vieja, cumpliendo lo que prometido había, le llevó a su cámara, muy ocultamente, aquel mancebo que ella le había dicho; y de ahí a poco tiempo otro segundo que a la moza le venía placiendo, la cual jamás cosa que le pluguiese por temor del marido dejaba de hacer.

Y acaeció que, habiendo de ir a cenar una noche su marido con un amigo suyo llamado Herculano, la moza rogó a la vieja que le hiciese venir un mozo que era de los más hermosos y placientes mozos de Perusa. Y ella prestamente lo hizo. Y estando la mujer con este mozo sentados a la mesa para cenar, llamó el marido a la puerta.

Sintiendo esto, la mujer, por muerta se tuvo, y buscando de esconder al mozo, y no hallando otro lugar más conveniente, en un pequeño patio que estaba al lado de la habitación donde cenaban, debajo de una cesta de tener pollos que allí había lo metió, y echóle encima el saco de una colchoneta que había hecho vaciar aquel día; y prestamente hizo abrir al marido. Éste entrando en la casa, ella le dijo:

“¡A buena fe, muy presto habéis tragado vuestra cena!”

Pedro respondió:

“Aún ni la hemos probado.”

“¿Y cómo así?” dijo la mujer.

Pedro entonces dijo:

“Te lo diré. Nos habíamos sentado a la mesa, Herculano, su mujer y yo, cuando sentimos cerca de nosotros estornudar, a lo que ni por la primera y ni por la segunda vez dimos importancia; pero volviendo a estornudar el que estornudado había por tercera, cuarta y quinta vez, y tras muchas veces, quedamos muy maravillados. Por lo cual

Herculano, que mucho se había enojado porque su mujer no le había abierto hasta al cabo de un rato, muy turbado se levantó de la mesa, y dijo: ‘¿Qué significa esto? ¿Quién estornuda de ese modo?’, y se fue a una manera de alacena que hay debajo de la escalera, pareciéndole que de allí salían los estornudos, y abrió una portezuela que tenía; y súbitamente comenzó a salir de allí el mayor hedor de piedras azufre, ya su mujer dicho habíale que poco antes había enzufrado, para blanquearlos, unos tocados suyos, y había después puesto el lebrillo en el cual había esparcido el azufre, bajo la escalera.

” Y desde que Herculano hubo abierto aquella portezuela, y el humo que de allí salió se hubo disipado, mirando Herculano dentro, vio a aquel que estornudado había y aún todavía estornudaba, constreñido por la fuerza del humo sulfúreo. Y aunque estornudase, la piedra azufre habíale ya en tal manera cerrado el pecho, que por poco más que allí estuviera él no habría estornudado más ni jamás hecho otra cosa alguna. Herculano, viéndole, comenzó a gritar, diciendo: ‘Ahora veo mujer, por qué, cuando antes llamamos, nos tuviste tanto a la puerta. Mas no tenga yo cosa que me plega, si yo no te lo pago.’ Lo cual oyendo la mujer, al verse descubierta, sin intentar excusarse se levantó de la mesa, y huyó por la puerta afuera, que no sé dónde se fue. Mas Herculano, sin parar mientes a la mujer que huía, muchas veces dijo al que estornudaba, que saliese; pero éste, que ya no podía más, por mucho que Herculano le dijese, no se movía. Herculano entonces, echándole mano de un pie lo sacó a rastras y fue en busca de un puñal para matarlo; mas yo, temiendo que la justicia no me culpase de aquella muerte, no consentí que lo hiciese, evitándolo y dando voces. Y se siguió que, al alboroto, vinieron muchos de sus vecinos, los cuales tomando al desvanecido mozo, fuera de la casa se lo llevaron, no sé dónde. De cuya causa nuestra cena siendo estorbada, no digo si la hicimos presto, mas, antes no la probamos, como ya te dije.”

Oyendo la mujer de Pedro estas cosas, supo que otras había tan sabias como ella en aquel negocio; y aunque el infortunio de la mujer de Herculano le pesase, y de buen grado con palabras la hubiera defendido, porque diciendo mal de la falta de otra le pareció su propia falta encubrir mejor, comenzó a decir:

“¡Qué hermosa cosa! ¡Santa y buena mujer debe de ser ésta! ¡Para que una se fíe de las mujeres honestas, yo que me habría confesado con ella, tan espiritual t devota como habíame parecido! ¡Y lo peor es que, siendo ya vieja, muy buen ejemplo da a las mozas! ¡Maldita sea la hora en que vino al mundo, y no menos quien le consienta vivir, a la

muy p rfida y mala mujer, vergüenza y vituperio universal de todas cuantas hay en esta tierra! Ya que de s  lanzando su honestidad y la fidelidad que prometió a su marido, y la honra de este mundo, ella, que por marido tiene a tan honrado ciudadano y que tan bien la trata, por otro hombre no ha tenido vergüenza de vituperarse a sí misma y a él.  As  Dios me salve, como de semejantes mujeres no se debería tener ninguna misericordia, antes las debieran sacar de este mundo, y meterlas vivas en el fuego hasta volverlas cenizas!”

Después, recordándose de su amigo, que de ella all  escondido tenía debajo de la cesta, comenzó a decir a su marido que se fuese a acostar, que era ya hora.

Pedro, que mayor voluntad tenía de cenar que no de dormir, no cesaba de pedir que le diese algo que cenase. Y su mujer le respondió:

“ S , pardiez, que cuando t  no est s en casa hago yo alguna gran cena! Con no nada me paso.  Crees, t , que yo soy la mujer de Herculano? Vete a acostar, por esta noche, y harás mejor; que de cena, mal recaudo tienes.”

Acaeci  que habiendo venido aquella noche de la aldea ciertos labradores, criados de Pedro, con ciertas cosas traían, y habiendo metido los asnos en el establo sin darles a beber, un asno de ellos, con la mucha sed que sentía se soltó y salió fuera; y andando oliendo de una parte a otra buscando agua, pas  junto a la cesta donde el mozo estaba; el cual, como no cupiese bien debajo, tenía los dedos de la una mano fuera tendidos, en tierra; y fue su ventura que el asno le hubo de poner una de sus pezuñas encima, y como gran dolor sintiese, lanzó un grito. Pedro oyéndole, mucho se maravill , porque conoció que aquel se había dado dentro de su casa, y saliendo súbitamente de su cámara con una luz en la mano, y sintiendo todavía al mozo quejarse, que aún el asno no le había sacado la pezuña de encima, dijo: “ Qui n está ahí?”, y fuese corriendo a la cesta, y alz ndola, vio al mozo, el cual, allende del dolor de la holladura del asno, temblaba como azogado, de miedo que Pedro no le hiciese algún mal.

Y siendo de él conocido, como aquel que por sus mismos vicios lo había luengamente perseguido, le dijo:

“ Qu  haces aquí t ?”

Y el mozo rogóle que por amor de Dios no le quisiese hacer mal. Y Pedro le dijo airadamente:

“Levántate, no dudes que yo algún mal te haga; mas dime la verdad de cómo, y para qué viniste tú aquí.”

El mozo le dijo todo el negocio de la suerte que estaba, y Pedro, no menos alegre de haberle hallado que su mujer triste, lo tomó por la mano y lo metió en su cámara, en la cual su mujer con el mayor terror del mundo lo esperaba. Y sentándose Pedro enfrente de ella, le comenzó a decir:

“¿Cómo tenías cara de maldecir tanto a la mujer de Herculano, diciendo que merecía volverse ceniza, y otros muchos males, y no los decías de ti misma? O al menos, si de ti no te sufría el corazón decirlo, no dijeras mal de ella, sintiendo que lo mismo que ella hizo habrías hecho tú. Cierto, otra cosa no te lo haría decir sino que vosotras todas sois así, que con culpas ajenas buscáis de encubrir vuestros yerros. ¡Mal fuego descienda del cielo que os queme a todas como generación maldita que sois!”

La mujer, viendo que, en el principio, otro castigo que de palabras dado no le había, y sabiendo que él estaba muy alegre por tener de la mano aquel mozo, cobrando esfuerzo, le comenzó a decir:

“Yo soy muy cierta que tú querrias que viniese fuego del cielo que nos quemase, a todas, porque tú rabias por las mujeres como el perro por los palos; mas ¡por la cruz de Dios!, que no será así. Pero, yo deseo mucho hablar contigo por saber de qué te quejas. ¿Quiéresme igualar, a mí, que soy moza, con la mujer de Herculano, que es una vieja y aun pepitosa, y dale su marido cuanto quiere, y ámala él cuanto cualquier marido amar debe a su mujer? Que puesto que yo sea de ti bien vestida y bien calzada, tú sabes bien cómo estoy de lo otro, y cuánto tiempo ha que no dormiste conmigo. Que yo querría antes andar toda desnuda y hecha andrajos y descalza, y ser como las otras, y he gana de lo que ellas lo han; así que, porque yo me busco recaudo, no me debes poner culpa, que, a lo menos, miro yo tu honra, que no me pongo con mozos de espuelas ni con tiñosos, sino con hombres como este que ves.”

Pedro, viendo que sus razones no eran para acabar en toda aquella noche, como aquel que poco de ella curaba, dijo:

“No sea más, mujer; yo te contentaré de aquesto. Bien harías, tú, gran cortesía de hacer alguna cosa que cenemos; que, según me parece, tampoco este mozo no ha cenado, como yo.”

Dijo entonces la mujer:

“Cierto, no ha cenado. Cuando tú mucho en mala hora viniste, nos sentábamos a cenar.”

Dijo el marido:

“Pues ve, y tráenos de cena, que después yo dispondré en este negocio de guisa que tú no quedas quejosa.”

La mujer, oyendo esto, muy contenta se levantó e hizo poner la mesa, y venir la cena que tenía aparejada, y juntamente con su buena marido y con el mozo alegremente cenó, y después de cenar, aquello que se hizo a satisfacción de todas tres partes, me es salido de memoria.

Pero os sé bien decir, que al otro día a la mañana se halló el mozo en la plaza no bien cierto a cuál hubiese hecho aquella noche más compañía, si a la mujer o al marido. Por lo cual os digo, mujeres más muy amadas, que : a quien os la hace, se la hagáis, y si no pudieseis por el presente, no se os olvide hasta tanto que podáis, así como tal cual da el asno en pared, tal reciba>>